ESTA VERSIÓN CASTELLANA DE

» U L I S E S «

POR JAMES JOYCE

SE PUBLICA CON LA DIRECCIÓN DE

MAX DICKMANN

JAMES JOYCE

ULISES

Traducción del inglés por
J. SALAS SUBIRAT

(SEGUNDA EDICIÓN REVISADA)

SANTIAGO RUEDA - EDITOR
BUENOS AIRES

IMPONENTE, el rollizo Buck Mulligan apareció en lo alto de la escalera, con una bacía desbordante de espuma, sobre la cual traía, cruzados, un espejo y una navaja. La suave brisa de la mañana hacía flotar con gracia la bata amarilla desprendida. Levantó el tazón y entonó:

—*"Introibo ad altare Dei"*.

Se detuvo, miró de soslayo la oscura escalera de caracol y llamó groseramente:

—Acércate, Kinch. Acércate, jesuíta miedoso.

Se adelantó con solemnidad y subió a la plataforma de tiro. Dió media vuelta y bendijo tres veces, gravemente, la torre, el campo circundante y las montañas que despertaban. Luego, advirtiendo a Esteban Dedalus, se inclinó hacia él y trazó rápidas cruces en el aire, murmurando entre dientes y moviendo la cabeza. Esteban Dedalus, malhumorado y con sueño, apoyó sus brazos sobre el último escalón y contempló fríamente la gorgoteante y meneadora cara que lo bendecía, de proporciones equinas por el largo y la cabellera clara, sin tonsurar, parecida por su tinte y sus vetas al roble pálido.

Buck Mulligan espió un instante por debajo del espejo y luego tapó la bacía con toda elegancia.

—¡De vuelta al cuartel! —dijo severamente.

Luego agregó con tono sacerdotal:

—Porque esto, ¡oh amados míos!, es el verdadero Cristo: cuerpo y alma y sangre y llagas. Música lenta, por favor. Cierren los ojos, señores. Un momento. Hay cierta dificultad en esos corpúsculos blancos. Silencio, todos.

Lanzó una mirada de reojo, emitió un suave y largo silbido de llamada y se detuvo un momento extasiado, mientras sus dientes blancos y parejos brillaban aquí y allá con puntos de oro. Chrysostomos. Atravesando la calma, respondieron dos silbidos fuertes y agudos.

—Gracias, viejo —gritó animadamente—. Irá bien eso. Corta la corriente, ¿quieres?

Saltó de la plataforma de tiro y miró gravemente a su observador, recogiéndose alrededor de las piernas los pliegues sueltos de su bata. La cara rolliza y sombría, y la quijada ovalada y hosca, recordaban a un prelado protector de las artes en la Edad Media. Una sonrisa agradable se extendió silenciosa sobre sus labios.

—¡Qué burla! —dijo alegremente—. Tu nombre absurdo, griego antiguo.

Lo señaló con el dedo, en amistosa burla, y fué hacia el parapeto, riendo para sí. Esteban Dedalus comenzó a subir. Lo siguió perezosamente hasta mitad de camino y se sentó en el borde de la plataforma de tiro, observándolo tranquilo mientras apoyaba su espejo sobre el parapeto, metía la brocha en la bacía y se enjabonaba las mejillas y el cuello.

La alegre voz de Buck Mulligan siguió:

—Mi nombre también es absurdo. Malachi Mulligan, dos esdrújulos. Pero tiene un sonido helénico, ¿verdad? Ágil y soleado como el mismo gamo. Tenemos que ir a Atenas. ¿Vendrás conmigo si consigo que la tía largue veinte pesoques?

Dejó la brocha a un lado y gritó, riendo contento:

—¿Vendrá él? Ese jesuíta seco.

Deteniéndose, empezó a afeitarse concienzudamente.

—Dime, Mulligan —dijo Esteban quedamente.

—¿Qué, amor mío?

—¿Cuánto tiempo se quedará Haines en esta torre?

Buck Mulligan mostró una mejilla afeitada por encima de su hombro derecho:

—¡Dios! ¿No es espantoso? —dijo francamente—. Es un sajón pesado. Cree que no eres un caballero. Por Dios, estos cochinos ingleses. Revientan de dinero y de indigestión. Porque viene de Oxford. Sabes, Dedalus, tú tienes los verdaderos modales de Oxford. No te puede entender. ¡Oh!, yo tengo para ti el mejor nombre: Kinch, hoja de cuchillo.

Se afeitó cuidadosamente el mentón.

—Toda la noche se la pasó desvariando acerca de una pantera negra —dijo Esteban—. ¿Dónde está la cartuchera de su revólver?

—Es un lunático temible —dijo Mulligan—. ¿Tenías miedo?

—Sí —exclamó Esteban con energía y renovado temor—. Estar ahí en la oscuridad con un hombre a quien no conozco y que se lo pasa delirando y gimiendo por una pantera negra que

quiere matar. Tú salvaste a algunos hombres que se ahogaban. Pero yo no soy un héroe. Si él se queda, yo me voy.

Buck Mulligan le arrugó el entrecejo a la espuma de su navaja. Descendió de su sitio y empezó a buscar afanosamente en los bolsillos de sus pantalones.

—¡Demonio! —dijo ásperamente.

Se dirigió a la plataforma, y metiendo una mano en el bolsillo de Esteban, dijo:

—Haznos el obsequio de tu limpiamocos para enjugar mi navaja.

Esteban aguantó que sacara y exhibiera, sosteniéndolo de una punta, un pañuelo arrugado y sucio. Buck Mulligan limpió la navaja cuidadosamente. Después, mirando el pañuelo, dijo:

—El trapo de nariz del bardo. Un nuevo color artístico para nuestros poetas irlandeses: verde moco. Casi puedes sentirle el gusto, ¿no es cierto?

Montó otra vez en el parapeto y contempló la bahía de Dublín, mientras su cabello claro, de roble pálido, se agitaba suavemente.

—Dios —musitó—. ¿No es verdad que el mar es, como dice Algy, una dulce madre gris? El mar verde moco. El mar escrotogalvanizador. *Epi oinopa ponton.* ¡Ah, Dedalus, los griegos! Tengo que enseñarte. Tienes que leerlos en el original. *¡Thalatta! ¡Thalatta!* Ella es nuestra grande y dulce madre. Ven y mira.

Esteban se paró y se dirigió al parapeto. Apoyándose en él miró abajo, al agua y al barco correo que franqueaba la boca del puerto de Kingstown.

—Nuestra poderosa madre —dijo Buck Mulligan.

Desvió bruscamente del mar sus grandes ojos escudriñadores y los fijó en la cara de Esteban:

—Tía piensa que mataste a tu madre —dijo—. Por eso es que no quiere que yo tenga trato contigo.

—Alguien la mató —murmuró Esteban lúgubremente.

—¡Maldito sea! Podrías haberte arrodillado cuando tu madre moribunda te lo pidió, Kinch —dijo Buck Mulligan—. Soy tan hiperbóreo como tú. Pero pensar que tu madre moribunda, con su último aliento, te pidió que te arrodillaras y rezaras por ella. Y te negaste. Hay algo siniestro en ti...

Se interrumpió y volvió a cubrir de espuma, suavemente, su otra mejilla. Sus labios se curvaron en una sonrisa de condescendencia.

—Pero una máscara preciosa —murmuró para sí—, Kinch, la máscara más preciosa de todas.

Se afeitaba con soltura y cuidado, en silencio, serio.

Esteban, con un codo apoyado sobre el granito mellado, y la palma de la mano contra la frente, consideró el borde gastado de la manga de su saco, negra y lustrosa. Una pena, que todavía no era la pena del amor, corroía su corazón. Silenciosamente, en sueños, ella vino después de muerta, su cuerpo consumido dentro de la floja mortaja parda, exhalando perfume de cera y palo de rosa, mientras su aliento, cerniéndose sobre él, mudo y remordedor, era como un desmayado olor a cenizas húmedas. A través del puño deshilachado, vió el mar que la voz robusta acababa de alabar a su lado como a una madre grande y querida. El círculo formado por la bahía y el horizonte cerraban una masa opaca de líquido verdoso. Al lado de su lecho de muerte había una taza de porcelana blanca, conteniendo la espesa bilis verdosa que ella había arrancado de su hígado putrefacto entre estertores, vómitos y gemidos.

Buck Mulligan limpió la hoja de su navaja.

—¡Ah, pobre cuerpo de perro! —dijo con voz enternecida—. Tengo que darte una camisa y unos cuantos trapos de nariz. ¿Qué tal los pantalones de segunda mano?

—Quedan bastante bien —contestó Esteban.

Buck Mulligan atacó el hueco debajo de su labio inferior.

—Lo ridículo —agregó alegremente— es que hayan sido usados. Dios sabe qué apestado los dejó. Tengo un par muy hermoso, con rayas del ancho de un cabello, grises. Quedarías formidable con ellos. No bromeo, Kinch. Quedas condenadamente bien cuando estás arreglado.

—Gracias —dijo Esteban—, no podré usarlos si son grises.

—¡Él no puede usarlos! —dijo Buck a su cara en el espejo—. La etiqueta es la etiqueta. Mata a su madre, pero no puede llevar pantalones grises.

Cerró cuidadosamente la navaja y con unos golpecitos de los dedos palpó la suavidad de la piel.

Esteban apartó su mirada del mar y la fijó en la cara rolliza, de ojos movedizos, azul de humo.

—El tipo con quien estuve en el Ship anoche —dijo Buck Mulligan—dice que tienes p.g.l. Está en Dottyville con Conolly Norman. Parálisis general de los locos.

Describió un semicírculo en el aire con el espejo para comunicar las nuevas al exterior, luminoso ahora de sol sobre el mar. Rieron sus labios curvos, recién afeitados, y los bordes de sus dientes blancos y relucientes. La risa se apoderó de todo su tronco fornido y macizo.

—Mírate —le dijo—, bardo horroroso.

Esteban se inclinó y se contempló en el espejo que le ofrecían, agrietado por una rajadura torcida, con los cabellos en punta. Como él y otros me ven. ¿Quién me eligió esta cara? Este desgraciado para desembarazarse de sabandijas. También me lo pregunta a mí.

—Lo robé de la pieza de la maritornes —declaró Buck Mulligan—. Se lo merece. En obsequio a Malachi, la tía siempre elige criadas feas. No lo induzcas en tentación. Y su nombre es Úrsula.

Riendo otra vez, apartó el espejo de los ojos atentos de Esteban.

—¡Qué rabia tendría Calibán al no ver su imagen en un espejo! —exclamó—. Si Wilde estuviera vivo para verte...

Echándose para atrás y señalando, Esteban dijo con amargura:

—Es un símbolo del arte irlandés. El espejo agrietado de un sirviente.

Buck Mulligan enlazó su brazo, de repente, con el de Esteban, y caminó con él alrededor de la torre, la navaja y el espejo sacudiéndose en el bolsillo donde los había metido.

—No es justo burlarse de ti de esta manera, Kinch, ¿no es verdad? —agregó con cariño—. Dios sabe que tienes más espíritu que cualquiera de ellos.

Defendiéndose de nuevo. Teme la lanceta de mi arte como yo temo la suya. La fría pluma de acero.

—El espejo agrietado de un sirviente. Dile eso al tipo apestado de abajo y trata de sacarle una guinea. Está podrido en plata y cree que no eres un caballero. Su viejo hizo plata vendiendo jalapa a Zulus o a algún otro maldito estafador. Por Dios, Kinch, si tú y yo pudiéramos tan sólo trabajar juntos podríamos hacer algo por la isla. Helenizarla.

El brazo de Cranly. Su brazo.

—Y pensar que tú tienes que estar pidiendo limosna a estos cochinos. Yo soy el único que sabe lo que vales. ¿Por qué no me tienes más confianza? ¿Qué es lo que tienes sobre la nariz en mi contra? ¿Es por Haines? Si hace algún ruido aquí voy a hacer venir a Seymour y le vamos a dar una corrida peor que la que le dieron a Clive Kempthorpe.

Gritos jóvenes de voces adineradas en las habitaciones de Clive Kempthorpe. Caras pálidas: se agarran las costillas de la risa, abrazándose unos a otros. ¡Oh, me muero! ¡Díselo a ella poco a poco, Aubrey! ¡Me muero! Salta y cojea alrededor de la

mesa, las tiras de su camisa hecha jirones azotando el aire, los pantalones en los talones perseguido por Ades de Magdalen con las tijeras del sastre. Una cara asustada de ternero, lustrosa de mermelada. ¡No quiero que me achuren! ¡No jueguen al toro mocho conmigo!

Gritos desde la ventana abierta, que estremecen la tarde en el cuadrángulo. Un jardinero sordo, con delantal, enmascarado con la cara de Matthey Arnold, empuja su segadora sobre el césped sombrío, observando atentamente las briznas danzadoras de pasto seco.

Para nosotros mismos... nuevo paganismo... omphalos.

—Que se quede —dijo Esteban—. No tiene nada de malo excepto de noche.

—Y entonces ¿qué es? —le preguntó Buck Mulligan con impaciencia—. Vomítalo. Soy completamente franco contigo. ¿Qué tienes contra mí ahora?

Hicieron un alto, mirando hacia el cabo romo de Bray Head, que asomaba en el agua como el morro de una ballena dormida. Esteban libró su brazo en silencio.

—¿Quieres que te lo diga? —le preguntó.

—Sí, ¿qué es? —respondió Buck Mulligan—. No me acuerdo de nada.

Mientras hablaba miraba la cara de Esteban. Una brisa leve le pasó por la frente, abanicando con suavidad sus claros cabellos despeinados y despertando argentados puntos de ansiedad en sus ojos.

Esteban, oprimido por su propia voz, dijo:

—¿Recuerdas el primer día que fuí a tu casa después de la muerte de mi madre?

Buck Mulligan arrugó bruscamente la frente y contestó:

—¿Qué? ¿Adónde? No puedo recordar nada. Sólo ideas y sensaciones. ¿Por qué? En nombre de Dios, ¿qué pasó?

—Estabas preparando té —dijo Esteban— y yo crucé el rellano para ir a buscar más agua caliente. Tu madre y algún visitante salieron de la sala. Ella te preguntó quién estaba en tu pieza.

—¿Sí? —dijo Buck Mulligan—. ¿Qué dije yo? No recuerdo.

—Dijiste —contestó Esteban—: *"¡Oh!, es tan sólo Dedalus, cuya madre ha muerto bestialmente"*.

Un rubor que lo hizo parecer más joven y atrayente cubrió las mejillas de Buck Mulligan.

—¿Dije así? —preguntó—. ¿Y? ¿Qué hay de malo en eso?

Nerviosamente, dominó su embarazo.

—¿Y qué es la muerte? —siguió—. ¿La de tu madre o la

tuya o la mía propia? Tú solamente viste morir a tu madre. Yo los veo reventar todos los días en el Mater y en el Richmond, y cómo los destripan en la sala de autopsia. Es una cosa bestial y nada más. Simplemente no tiene importancia. No quisiste arrodillarte a rezar por tu madre en su lecho de muerte cuando te lo pidió. ¿Por qué? Porque llevas dentro la maldita marca de los jesuítas, sólo que inyectada al revés. Para mí todo es burla y bestialidad. Sus lóbulos cerebrales no funcionan. Ella llama al doctor sir Peter Teazle y recoge flores de sapo en la colcha. Se trata de seguirle la corriente hasta el fin. Contrariaste su último deseo cuando iba a morir y sin embargo te fastidias conmigo porque no berreo como alguna llorona alquilada de Lalouette. ¡Absurdo! Supongo que lo dije. No quise ofender la memoria de tu madre.

Hablaba sólo para envalentonarse. Esteban, ocultando las heridas que las palabras habían dejado abiertas en su corazón, dijo muy fríamente:

—No estoy pensando en la ofensa a mi madre.

—¿En qué, entonces? —preguntó Buck Mulligan.

—En la ofensa a mí —contestó Esteban.

Buck Mulligan giró sobre sus talones.

—¡Oh, persona imposible! —exclamó.

Se alejó rápidamente por el parapeto. Esteban se quedó en su sitio, mirando el mar hacia la punta de tierra. El mar y la punta de tierra iban obscureciéndose ahora. El pulso le sacudía en los ojos, velándole la vista, y sintió la fiebre de sus mejillas.

Dentro de la torre, una voz llamó alto:

—¿Estás ahí, Mulligan?

—Ya voy —contestó Buck Mulligan.

Se volvió hacia Esteban y dijo:

—Mira el mar. ¿Qué le importan a él las ofensas? Olvídate de Loyola, Kinch, y baja. El sajón reclama su jamón matutino.

Su cabeza se detuvo otra vez por un momento al extremo de la escalera, al nivel del techo:

—No te quedes atontado todo el día pensando en eso —dijo—. Yo soy inconsecuente. Abandona las cavilaciones taciturnas.

Su cabeza desapareció, pero el zumbido de su voz que descendía retumbó fuera de la escalera:

Y no más arrinconarse y cavilar
sobre el amargo misterio del amor,
porque Fergus maneja los carros de bronce.

Sombras vegetales flotaban silenciosamente en la paz de la mañana, desde la escalera hacia el mar que él contemplaba. Partiendo de la orilla el espejo del agua blanqueaba, acicateado por fugaces pies luminosos. Blanco seno del oscuro mar. Los golpes enlazados, de dos en dos. Una mano pulsando las cuerdas de un arpa que funden sus acordes gemelos. Palabras enlazadas, blancas como olas, rielando sobre la sombreante marea.

Una nube empezó a cubrir el sol, lentamente, oscureciendo la bahía con un verde más intenso. Estaba detrás de él, un cántaro de aguas amargas. La canción de Fergus: la canté solo en la casa, sosteniendo los acordes largos y tristes. La puerta de ella estaba abierta: quería escuchar mi música. Con una mezcla de temor, respeto y lástima me acerqué silenciosamente a su lecho. Lloraba en su cama miserable. Por esas palabras, Esteban: amargo misterio del amor.

¿Ahora dónde?

Sus secretos: viejos abanicos de plumas, tarjetas de baile con borlas espolvoreadas de almizcle, una charrería de cuentas de ámbar en su cajón cerrado con llave. Cuando era niña, en una ventana asoleada de su casa pendía una jaula. Escuchó cantar al viejo Royce en la pantomima de Turco el terrible y rió con los demás cuando él cantaba:

Soy el muchacho
que goza
de la invisibilidad.

Júbilos reliquiaduendeperdidos: almizcleviejoperfumados.

Y no más arrinconarse y cavilar.

Duendeperdidos en la memoria de la naturaleza con sus juguetes. Los recuerdos acosan su mente cavilosa. Su vaso lleno de agua de la cocina, cuando hubo comulgado. Una manzana rellena de azúcar negra, asándose para ella en el hogar en un oscuro atardecer de otoño. Sus uñas bien formadas enrojecidas por la sangre de los piojos aplastados en las camisas de los chicos.

En sueños, silenciosamente, ella vino después de muerta, su cuerpo consumido dentro de la floja mortaja parda, exhalando perfume de cera y palo de rosa, mientras su aliento cerniéndose sobre él, con palabras mudas y secretas, era como un desmayado olor a cenizas húmedas.

Sus ojos vítreos, mirando desde la muerte, para sacudir y doblegar mi alma. Sobre mí solo. El cirio de las ánimas para

alumbrar su agonía. Luz espectral sobre el rostro torturado. Su respiración ronca ruidosa, rechinando de horror, mientras todos rezaban arrodillados. Sus ojos sobre mí para hacerme sucumbir: *"Liliata rutilantium te confessorum turma circumdet iubilantium te virginum chorus excipiat"*.

¡Vampiro! ¡Mascador de cadáveres!

No, madre. Déjame ser y déjame vivir.

—¡Kinch, ahoy!

La voz de Buck Mulligan resonó desde la torre. Vino desde más cerca de la escalera, llamando otra vez. Esteban, temblando todavía por el grito de su alma, oyó la escurridiza y cálida luz del sol, y en el aire palabras cordiales detrás de él.

—Dedalus, baja, pronto. El desayuno está listo. Haines está pidiendo disculpas por habernos despertado anoche. Todo está bien.

—Ya voy —dijo Esteban volviéndose.

—Ven, por Jesús —dijo Buck Mulligan—, por mí y por todos nosotros.

Su cabeza desapareció y reapareció.

—Le hablé de tu símbolo del arte irlandés. Dice que es muy ingenioso. Pídele una libra, ¿quieres? O mejor: una guinea.

—Me pagan esta mañana —dijo Esteban.

—¿En la puerca escuela? —dijo Buck Mulligan—. ¿Cuánto? ¿Cuatro libras? Préstanos una.

—Si la quieres —dijo Esteban.

—¡Cuatro brillantes soberanos! —gritó Buck Mulligan con deleite—. Vamos a agarrarnos una gloriosa borrachera, para asombrar a los druidosos druidas. Cuatro soberanos omnipotentes.

Levantó la mano y descendió a saltos por la escalera de piedra, cantando una tonada con acento cockney:

¡Oh!, ¿no nos vamos a divertir
tomando wisky, cerveza y vino,
en la Coronación,
en el día de la Coronación?
¡Oh, qué buen rato vamos a pasar
en el día de la Coronación!

Los cálidos destellos del sol jugueteaban sobre el mar. La bacía brillaba, olvidada sobre el parapeto. ¿Por qué tengo que bajarla? ¿O dejarla allí todo el día, como una amistad olvidada?

Se acercó a ella, la sostuvo un momento entre sus manos, sintiendo su frescura, oliendo la baba viscosa de la espuma en que estaba metida la brocha. Así llevé yo aquella vez el incen-

sario en Clongowes. Ahora soy otro y sin embargo el mismo. También un sirviente. El servidor de un sirviente.

En la oscura sala abovedada de la torre, la forma vestida de Buck Mulligan se movía ágilmente alrededor de la chimenea, ocultando y revelando su ardiente amarillo. Dos saetas de suave luz diurna caían cruzando las baldosas del piso desde las troneras altas, y al encontrarse sus rayos flotaba, oscilando, una nube de humo de carbón y vapores de grasa frita.

—Nos vamos a asfixiar —dijo Buck Mulligan—. Haines, abre esa puerta, ¿quieres?

Esteban depositó la bacía sobre la alacena. Una silueta alta se levantó de la hamaca donde había estado sentada, se dirigió hacia la puerta y abrió las hojas interiores.

—¿Tienes la llave? —preguntó una voz.

—Dedalus la tiene —dijo Buck Mulligan—. Janey Mack, estoy asfixiado.

Sin apartar la mirada del fuego, aulló:

—¡Kinch!

—Está en la cerradura —dijo Esteban, adelantándose.

La llave giró dos veces, raspando ásperamente, y cuando se hubo abierto la pesada puerta, entraron, bien venidos, luz y aire vivo. Haines se quedó en el umbral mirando hacia afuera. Esteban arrastró su valija hasta la mesa y se sentó a esperar. Buck Mulligan arrojó la fritada sobre la fuente que tenía a su lado. Luego la llevó a la mesa junto con una gran tetera, se sentó pesadamente y suspiró aliviado.

—Me estoy derritiendo —exclamó—, como dijo la vela cuando... ¡Pero basta! Ni una palabra más sobre ese asunto. Kinch, despierta. Pan, manteca, miel. Haines, ven. La comida está lista. Bendícenos, Señor, y a éstos tus dones. ¿Dónde está el azúcar? ¡Oh chambón!, no hay leche.

Esteban fué a buscar el pan, el pote de la miel y la mantequera a la alacena. Buck Mulligan, repentinamente de mal humor, se sentó.

—¿Qué clase de ternera es ésta? Le dije que viniera después de las ocho.

—Podemos tomarlo solo —dijo Esteban—. Hay limón en la alacena.

—Al demonio tú y tus modas de París —dijo Buck Mulligan—; yo quiero leche de Sandycove.

Haines regresó de la puerta y dijo apaciblemente:

—Ahí viene la mujer con la leche.

—Que Dios te bendiga —gritó Buck Mulligan, saltando de

su silla—. Siéntate. Sirve el té allí. El azúcar está en la bolsa. Vamos, bastante tengo que hacer con estos condenados huevos.

Cortó con unos tajos el frito de la fuente y arrojó una porción en cada uno de los tres platos, diciendo:

—*"In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti"*.

Haines se sentó para servir el té.

—Les voy a dar dos terrones a cada uno —previno—. Pero te digo, Mulligan, que haces el té cargado, ¿no es cierto?

Buck Mulligan, cortando gruesas rebanadas de pan, afirmó con la voz zalamera de una vieja:

—Cuando hago té, hago té —como decía la vieja madre Grogan—. Y cuando hago agua, hago agua [1].

—Por Jove, es té —dijo Haines.

Buck Mulligan siguió cortando pan y haciéndose el zalamero.

—*Así lo hago yo, señora Cahill,* dice ella. *¡Caramba, señora!,* dice la Cahill. *Gracias a Dios usted no los hace ambos en el mismo tacho.*

Extendió a cada uno de sus compañeros, por turno, una gruesa rebanada de pan enarbolada en su cuchillo.

—Ésa es gente para tu libro, Haines —dijo entusiastamente—. Cinco líneas de texto y diez páginas de notas acerca de la gente y las divinidades pisciformes de Dumdrum. Impreso por las Parcas en el año del gran viento.

Se volvió hacia Esteban y le preguntó con una fina voz de intriga, enarcando las cejas:

—¿Puedes recordar, hermano? ¿Se habla de la olla de té y agua de la madre Grogan en el Mabinogion o en los Upanishads?

—Lo dudo —dijo Esteban gravemente.

—¿Ahora lo dudas? —preguntó Buck Mulligan en el mismo tono—. ¿Tus razones, por favor?

—Se me antoja —dijo Esteban al tiempo que comía— que no existió ni dentro ni fuera del Mabinogion. Uno se imagina que la madre Grogan era parienta de María Ana.

El rostro de Buck Mulligan sonrió complacido.

—Encantador —dijo remilgando dulcemente la voz, mostrando sus dientes blancos y parpadeando picarescamente—. ¿Crees que ella lo era? Decididamente encantador.

Luego, con las facciones contraídas bruscamente, gruñó con voz áspera, al par que arremetía de nuevo, vigorosamente, contra el pan:

1 *(To make water)* Hacer agua: orinar, en inglés.

Porque a la vieja María Ana
no le importa un comino,
pero levantando sus enaguas...

Se llenó la boca de fritura y se puso a mascar y zumbar.

El hueco de la puerta se oscureció por una forma que entraba.

—La leche, señor.

—Entre, señora —dijo Mulligan—. Kinch, trae la jarra.

Una anciana se adelantó, colocándose cerca del codo de Esteban.

—Hermosa mañana, señor —dijo—. Que Dios sea loado.

—¿Quién? —dijo Mulligan, con una ojeada—. ¡Ah, sí, cómo no!

Esteban se estiró hacia atrás y alcanzó la jarra de la alacena.

—Los isleños —dijo Mulligan a Haines, con displicencia— se refieren frecuentemente al coleccionista de prepucios.

—¿Cuánto, señor? —preguntó la vieja.

—Un litro —dijo Esteban.

La observó mientras vertía en la medida y luego en la jarra la rica leche blanca, no la de ella. Viejas tetas arrugadas. Vertió otra vez una medida entera y una yapa. Vieja y misteriosa, venía de un mundo matutino, tal vez como un mensajero. Alabó la excelencia de la leche, mientras la vertía. De cuclillas, al lado de una paciente vaca, en el campo lozano, al amanecer, una bruja sobre su taburete, los dedos rápidos en las ubres chorreantes. Conociéndola, las vacas mugían a su alrededor: ganado sedoso de rocío. Seda de las vacas y pobre vieja, nombres que le daban en los viejos tiempos. Una tía vagabunda, forma degradada de un inmortal, sirviendo a su conquistador y a su alegre traidor, su concubina común, mensajera de la secreta mañana. Para servir o para vituperar, quién sabe, pero desdeñaba pedirle favores.

—Lo es de verdad, señora —dijo Buck Mulligan, vertiendo leche en sus tazas.

—Pruébela, señor —dijo ella.

Bebió a su pedido.

—Si pudiéramos vivir solamente de tan buen alimento —exclamó luego alzando un poco la voz— no tendríamos el país lleno de tripas y dientes podridos. Viviendo en un pantano fangoso, comiendo alimentos baratos y con las calles pavimentadas de polvo, estiércol de caballo y escupitajos de tuberculosos.

—¿Es usted estudiante de medicina, señor? —interrogó la vieja.

—Sí, señora —contestó Buck Mulligan.

Esteban escuchaba en un silencio despreciativo. Agacha su vieja cabeza ante una voz que le habla alto, su componehuesos, su curandero: a mí ella me desprecia. Ante la voz que escuchará su confesión y que ungirá para el sepulcro todo lo que hay en ella, menos sus lomos sucios de mujer, de carne de hombre no hecha a semejanza de Dios, esa presa de la serpiente. Y ante la voz alta que ahora la hace callar con ojos asombrados e inseguros.

—¿Entiende lo que dice él? —le preguntó Esteban.

—¿Es francés lo que usted habla, señor? —dijo la vieja a Haines.

Haines le habló de nuevo, extensa y confidencialmente.

—Irlandés —dijo Buck Mulligan—. ¿Tiene usted algo de gaélico?

—Me pareció irlandés por su pronunciación —contestó ella—. ¿Es usted del oeste, señor?

—Soy inglés —declaró Haines.

—Él es inglés —dijo Buck Mulligan— y piensa que en Irlanda deberíamos hablar irlandés.

—Seguro que sí —dijo la vieja— y me avergüenzo de no hablarlo. Los que saben me han dicho que es un gran lenguaje.

—Grande no es el nombre que hay que darle —dijo Buck Mulligan—. Es decididamente maravilloso. Sírvenos un poco más de té, Kinch. ¿Gustaría tomar una taza, señora?

—No, gracias, señor —respondió la vieja pasando el asa del tarro de la leche sobre su antebrazo y disponiéndose a retirarse.

Haines le dijo:

—¿Tiene usted la cuenta? Sería mejor que le pagáramos, Mulligan, ¿no es cierto?

Esteban llenó de nuevo las tres tazas.

—¿La cuenta, señor? —dijo ella, deteniéndose—. Bueno, son siete mañanas de medio litro a dos peniques, siete veces dos son un chelín y dos peniques más y estas tres mañanas un litro a cuatro peniques son tres litros por un chelín más un chelín y dos son dos y dos, señor.

Buck Mulligan suspiró, y habiéndose llenado la boca con una corteza abundantemente untada de manteca por ambos lados, estiró ambas piernas y comenzó a revisar los bolsillos de su pantalón.

—Paga y con buena cara —le dijo Haines sonriendo.

Esteban llenó una tercera taza. Una cucharada de té coloreaba levemente la leche rica y espesa. Buck Mulligan sacó un florín, lo dió vuelta entre sus dedos y gritó:

—¡Un milagro!

Lo deslizó hacia la vieja a lo largo de la mesa, diciendo:

—No me pidas más, encanto. Te doy todo lo que te puedo dar.

Esteban depositó la moneda en la mano extendida.

—Deberemos dos peniques —dijo.

—No corre prisa, señor —dijo ella, tomando la moneda—. No corre prisa. Buen día, señor.

Hizo una reverencia y salió, seguida por el tierno canto de Buck Mulligan:

Prenda de mi corazón, si hubiera más
más pondríamos a tus pies.

Luego, volviéndose hacia Esteban:

—En serio, Dedalus, estoy seco. Recurre rápido a tu puerca escuela y tráenos algún dinero. Hoy los bardos tienen que beber y festejar. Irlanda espera que cada hombre cumpla con su deber en este día.

—Eso me recuerda —exclamó Haines, levantándose— que tengo que visitar hoy vuestra biblioteca nacional.

—Nuestra remojada en primer término —dijo Buck Mulligan.

Se volvió hacia Esteban y le preguntó socarronamente:

—¿Es hoy el día de tu lavado mensual, Kinch?

Y dirigiéndose a Haines:

—El sucio bardo tiene el prurito de lavarse un día en cada mes.

—Toda Irlanda es lavada por la corriente del golfo —afirmó Esteban mientras dejaba gotear la miel sobre el pan.

Haines habló desde el rincón donde se ataba tranquilamente un "echarpe" alrededor del cuello desabrochado de su camisa de tenis.

—Pienso hacer una colección de todos tus dichos, si me lo permites.

Hablándome a mí. Ellos se lavan y se bañan y se frotan. Mordiscón ancestral del subconsciente [1]. Conciencia. Sin embargo aquí hay algo.

Eso de que el espejo resquebrajado de un sirviente es el símbolo del arte irlandés, es estupendamente bueno.

Buck Mulligan pateó el pie de Esteban debajo de la mesa y exclamó con ardiente entonación:

—Espera oírlo hablar de Hamlet, Haines.

1 *Agenbite of in wit* (remordimiento de conciencia) es el título de una obra del siglo XIV, por Dan Michel de Northgate (S. Gilbert: *James Joyce: Ulises*).

—Bueno, eso es lo que quiero decir —dijo Haines, hablando aún a Esteban—. Pensaba en ello cuando entró esa pobre vieja criatura.

—¿Le sacaría yo dinero a eso? —preguntó Esteban.

Haines se rió, y a la vez que tomaba su blando sombrero gris del sostén de la hamaca, dijo:

—No sé, te lo aseguro. —Y caminó con lentitud hacia la puerta. Buck Mulligan se inclinó hacia Esteban y le reconvino con grosero vigor:

—Ahora sí que metiste la pata. ¿Para qué dijiste eso?

—¿Y qué? —dijo Esteban—. La cuestión es conseguir dinero. ¿De quién? De la lechera o de él. Cara o cruz, eso es todo.

—Le lleno la cabeza de ti —exclamó Buck Mulligan— y luego sales con tus indirectas piojosas y tus oscuras maniobras de jesuíta.

—Veo muy poca esperanza —dijo Esteban— tanto de parte de ella como de él.

Buck Mulligan suspiró trágicamente y apoyó su mano sobre el brazo de Esteban.

—De mí, Kinch —dijo.

Cambiando súbitamente de tono, agregó:

—Para decirte la pura verdad, creo que tienes razón. Maldito sea para lo que sirven. ¿Por qué no juegas con ellos como yo? Al infierno con todos. Salgamos de aquí.

Se puso de pie, se aflojó la bata, y quitándosela con toda gravedad, dijo resignadamente:

—Mulligan se despoja de sus vestiduras.

Vació sus bolsillos sobre la mesa:

—Ahí está tu limpiamocos —rezongó.

Y poniéndose el cuello duro y la corbata rebelde, les habló reprendiéndolos, y también a la bamboleante cadena de su reloj. Metió las manos en el baúl y comenzó a revolver, pidiendo un pañuelo limpio. Mordiscón ancestral del subconsciente. Dios, no tendremos más remedio que disfrazar el carácter. Quiero guantes rojizos y botas verdes. Contradicción. ¿Me contradigo? Sea, me contradigo. Malachi Mercurial. Un flojo proyectil negro voló de sus elocuentes manos.

—Y ahí está tu sombrero del Barrio Latino —dijo.

Esteban lo recogió y se lo puso. Haines los llamó desde la puerta:

—¿Vienen, jóvenes?

—Yo estoy listo —respondió Buck Mulligan, yendo hacia la salida—. Vamos, Kinch. Te has comido todo lo que dejamos

supongo—. Salió resignadamente, con porte y palabras graves, diciendo, casi con pesar:

—Y al salir se encontró con Butterfly.

Sacando su garrote de fresno de donde estaba apoyado, Esteban salió con ellos, y mientras bajaba la escalera, empujó la lenta puerta de hierro y la cerró con la pesada llave, que metió en un bolsillo interior.

Al pie de la escalera, Buck Mulligan preguntó:

—¿Trajiste la llave?

—La tengo —respondió Esteban, precediéndolos.

Siguió andando. Oyó cómo Buck Mulligan golpeaba detrás de él los brotes de helechos o yuyos con su pesada toalla de baño.

—Abajo, señor. ¿Cómo se atreve usted, señor?

Haines preguntó:

—¿Paga alquiler por esta torre?

—Doce libras —dijo Buck Mulligan.

—Al secretario de Guerra del Estado —agregó Esteban, por encima del hombro.

Se detuvieron mientras Haines examinaba la torre, diciendo en conclusión:

—Un poco fría en el invierno. Diría yo. ¿La llaman Martello?

—Las hizo construir Billy Pitt —dijo Buck Mulligan— cuando los franceses estaban en el mar. Pero la nuestra es la *omphalos*.

—¿Cuál es su idea de Hamlet? —preguntó Haines a Esteban.

—No, no —gritó Buck Mulligan afligido—. No estoy a la altura de Tomás de Aquino y las cincuenta y cinco razones que construyó para apuntalarlo. Esperen primero a que tenga yo unas cuantas pintas dentro.

Se volvió hacia Esteban diciendo, mientras tiraba cuidadosamente hacia abajo los picos de su chaleco color prímula:

—¿No podrías arreglártelas con menos de tres pintas, no es verdad, Kinch?

—¡Ha esperado tanto —dijo Esteban distraídamente— que bien puede esperar más!

—Excitan mi curiosidad —afirmó Haines amablemente—. ¿Se trata de una paradoja?

—¡Bah! —exclamó Buck Mulligan—. Ya hemos sobrepasado a Wilde y las paradojas. Es muy sencillo. Por medio del álgebra demuestra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare, y que él mismo es el espectro de su propio padre.

—¿Qué? —dijo Haines señalando a Esteban—. ¿Él mismo?

Buck Mulligan se puso la toalla alrededor del cuello a modo de estola, y retorciéndose de risa habló a Esteban al oído.

—¡Oh, sombra de Kinch el mayor! ¡Jafet en busca de un padre!

—Por la mañana siempre estamos cansados —dijo Esteban a Haines—. Y es bastante largo de contar.

Buck Mulligan, caminando adelante otra vez, levantó las manos.

—Solamente la pinta sagrada puede desatar la lengua de Dedalo —afirmó.

—Lo que quiero decir —explicó Haines a Esteban, mientras seguían— es que esta torre y estos acantilados me recuerdan, en alguna forma, el *"Que desborda sobre su base mar adentro"*, de Elsinor, ¿no es verdad?

Buck Mulligan se volvió de repente hacia Esteban por un instante, pero no habló. En luminoso instante silencioso Esteban vió su propia imagen en ordinario luto polvoriento entre las alegres vestimentas de ellos.

—Es un cuento maravilloso —dijo Haines, deteniéndolos de nuevo.

Ojos pálidos como el mar que el viento había refrescado, más pálidos, firmes y prudentes. El dominador de los mares, miró hacia el sur sobre la bahía, solitaria a excepción del penacho de humo del bote-correo, vago sobre el horizonte vívido, y una vela maniobrando por el lado de Muglins.

—He leído una interpretación teológica de lo mismo en alguna parte —dijo absorto—. La idea del Padre y el Hijo. El Hijo luchando por identificarse al Padre.

En seguida Buck Mulligan mostró un rostro gozoso iluminado por una amplia sonrisa. Los miró, su boca bien formada entreabierta de felicidad, mientras los ojos, de los que se había borrado súbitamente toda expresión de burla, parpadearon con loca alegría. Meneó una cabeza de muñeca de un lado a otro, haciendo temblar las alas de su panamá, y comenzó a cantar con voz tonta, tranquila y feliz:

Soy el joven más raro de que nunca hayan oído hablar.
Mi madre era una judía, mi padre un pájaro.
Con José el carpintero no puedo estar de acuerdo.
A la salud de los discípulos y el Calvario.

Levantó un índice de admonición:

Si alguien hay que crea que yo no soy divino
Tragos no tendrá gratis cuando produzca vino.
Tendrá que beber agua, que arrojaré después,
Cuando mi vino en agua convierta yo otra vez.

Tiró rápidamente del garrote de fresno de Esteban a modo de despedida y, corriendo adelante hacia una cresta del acantilado, agitó las manos a lo largo del cuerpo, como las aletas o las alas de uno que estuviera por elevarse en el aire, y entonó:

Adiós ahora, adiós. Escriban todo lo que he dicho
y digan a Tom, Dick y Harry que me levanté de entre
[los muertos.
Lo que está en la sangre no puede fallarme para volar...
Adiós... sopla fuerte en el Monte de los Olivos.

Bajó, haciendo cabriolas delante de ellos, hacia el agujero de cuarenta pies, agitando las manos como alas, saltando ágilmente. Su pétaso temblaba en el fresco viento que les llevaba de vuelta sus gritos breves, como de pájaro.

Haines, que había estado riendo por lo bajo, se puso al lado de Esteban, diciendo:

—Supongo que no deberíamos reírnos. Es algo blasfemo. Yo tampoco soy un gran creyente. Sin embargo su alegría lo hace inofensivo en cierta forma, ¿verdad? ¿Cómo lo llamó? ¿José el carpintero?

—La balada del Jesús jocoso —contestó Esteban.

—¡Oh! —dijo Haines—, ¿la ha escuchado antes?

—Tres veces al día, después de las comidas —dijo Esteban lacónicamente.

—Usted no es creyente, ¿verdad? —preguntó Haines—. Quiero decir, un creyente en el sentido estrecho de la palabra. La creación de la nada, los milagros y un Dios personal.

—Me parece que la palabra no tiene más que un sentido —respondió Esteban.

Haines se detuvo para sacar una bruñida petaca de plata en que titilaba una piedra verde. Saltó la tapa a la presión del pulgar y se la ofreció.

—Gracias —dijo Esteban, tomando un cigarrillo.

Haines se sirvió y cerró la caja, que produjo un chasquido. La volvió a guardar en el bolsillo del costado y sacó del chaleco un encendedor, lo abrió también con un golpe de resorte y, después de encender un cigarrillo, lo alargó hacia Esteban protegiendo la llama en el cuenco de sus manos.

—Evidentemente —dijo mientras reanudaban la marcha—: o se cree o no se cree, ¿verdad? Personalmente, yo no podría digerir esa idea de un Dios personal. Supongo que usted no la sostiene, ¿verdad?

—Usted ve en mí —dijo Esteban con torvo desagrado— un ejemplar horrible del libre pensamiento.

Siguió caminando, esperando que le hablaran, arrastrando su garrote al costado. El regatón lo seguía levemente sobre el camino, chillando en sus talones. Mi familiar, detrás de mí, llamando Esteeeeeeeeeeeeban. Una línea titubeante a lo largo del sendero. Ellos andarán sobre él esta noche, viniendo por aquí en la oscuridad. Él quiere esa llave. Es mía, yo pagué el alquiler. Ahora yo como su pan salado. Darle la llave también. Todo. Él la pedirá. Estaba en sus ojos.

—Después de todo . . —comenzó Haines.

Esteban se dió vuelta y vió que la fría mirada que lo había medido no era del todo malevolente.

—Después de todo, yo creo que usted es capaz de libertarse. Me parece que usted es dueño de sí mismo.

—Soy el criado de dos señores —dijo Esteban—: uno inglés y uno italiano.

—¿Italiano? —preguntó Haines.

Una reina loca, vieja y celosa. Arrodíllate ante mí.

—Y también hay un tercero —dijo Esteban— que me necesita para los mandados.

—¿Italiano? —repitió Haines—. ¿Qué quiere usted decir?

—El Estado Imperial Británico —respondió Esteban, subiéndosele los colores a la cara— y la santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Haines desprendió de su labio inferior algunas hebras de tabaco antes de hablar.

—Puedo entender eso perfectamente —dijo con calma—. Un irlandés tiene que pensar así, me atrevería a decir. En Inglaterra tenemos la sensación de que los hemos tratado a ustedes algo injustamente. Parece que la culpa la tiene la historia.

Los orgullosos títulos pomposos resonaron en la memoria de Esteban el triunfo de sus campanas descaradas: *"et unam sanctam catholicam et apostolicam ecclesiam"*: el lento crecer y cambiar del rito y el dogma, como sus propios pensamientos raros, química de estrellas. Símbolo de los apóstoles en la misa del papa Marcellus, las voces unidas, cantando alto su solo de afirmación; y detrás del canto el ángel vigilante de la iglesia militante desarmaba y amenazaba a sus heresiarcas. Una horda de herejías huyendo con sus mitras torcidas: Photius y la raza de burlones a la que pertenecía Mulligan; y Arius, batallando toda su vida acerca de la consubstancialidad del Hijo con el Padre, y Valentine, rechazando el cuerpo terrenal de Cristo, y el sutil heresiarca

Africano Sabellius, que afirmaba que el Padre era él mismo su propio Hijo. Las palabras que un momento antes había pronunciado Mulligan, mofándose del forastero. Mofa vana. El vacío aguarda seguramente a todos los que remueven el viento: una amenaza, un desarme y un triunfo de los ángeles combatientes de la Iglesia. Las huestes de Miguel, que lo defienden siempre en la hora del conflicto con sus lanzas y sus escudos.

Escucha, escucha. Aplausos prolongados. *Zut*! *Nom de dieu*!

—Naturalmente, yo soy británico —dijo la voz de Haines— y pienso como tal. Tampoco quiero ver caer a mi país en las manos de esos judíos alemanes. Mucho me temo que ése sea nuestro problema nacional en este preciso momento.

Dos hombres estaban parados al borde de la escollera, observando: un hombre de negocios, un marino.

—Va en dirección al puerto Bullock.

El marino señaló con la cabeza, con cierto desdén, hacia el norte de la bahía.

—Hay cinco brazas allí —dijo—. Cuando venga la marea de la una lo va a arrastrar por ese lado. Hoy son nueve días.

El hombre que se ahogó. Una vela virando en la bahía vacía, esperando que un bulto hinchado salga a flote, que vuelva hacia el sol una cara inflada, blanca como de sal. Aquí estoy yo.

Siguieron el camino tortuoso, bajando hasta la ensenada. Buck Mulligan estaba de pie sobre una piedra, en mangas de camisa, su corbata suelta ondeando sobre el hombro. Un hombre joven, aferrándose a un espolón de roca próximo a él, movía lentamente sus piernas verdes, como una rana, en la profunda jalea del agua.

—¿Está tu hermano contigo, Malachi?

—Está abajo, en Westmeath. Con los Bannons.

—¿Allí todavía? Recibí una tarjeta de Bannon. Dice que encontró una linda cosita por allí abajo. La llama la chica del retrato.

—¿Instantánea, eh? Exposición breve.

Buck Mulligan se sentó para desatar sus botas. Un hombre de edad proyectó cerca del espolón de roca una cara roja y resoplante. Subió gateando por las piedras, brillándole el agua sobre la cabeza y su corona de cabellos grises cayéndole en arroyuelos sobre el pecho y el vientre, y vertiendo chorros del trapo negro y colgante.

Buck Mulligan se hizo a un lado para dejarlo pasar gateando, y mirando a Haines y a Esteban, se señó piadosamente con el dedo pulgar sobre la frente, los labios y el esternón.

—Seymour está de vuelta en la ciudad —dijo el joven, aferrándose otra vez a su espolón de roca—. Dejó la medicina y va a entrar en el ejército.

—¡Ah, caramba! —dijo Buck Mulligan.

—Va a estofarse la semana que viene. ¿Conoces a esa chica roja de Carlisle, Lily?

—Sí.

—Estaba arrullándose anoche con él sobre el muelle. El padre está podrido en plata.

—¿Tiene un pelele a su alcance?

—Es mejor que se lo preguntes a Seymour.

—Seymour es un oficial de porra —dijo Buck Mulligan.

Se hizo un saludo a sí mismo con la cabeza mientras se sacaba los pantalones y quedó de pie, diciendo perogrullescamente:

—Las mujeres de cabeza colorada se aparejan como las cabras.

Se cortó alarmado, tocándose el costado bajo la camisa colgante.

—Mi duodécima costilla ya no está —gritó—. Soy el "Uebermensch". Kinch el Desdentado y yo somos los superhombres.

Se desembarazó de su camisa y la arrojó tras de sí sobre las demás ropas.

—¿Vas a entrar por aquí, Malachi?

—Sí. Deja sitio en la cama.

El joven retrocedió vigorosamente en el agua y alcanzó el centro de la ensenada en dos brazadas largas y limpias. Haines se sentó sobre una piedra, fumando.

—¿No vienes? —preguntó Buck Mulligan.

—Más tarde —dijo Haines—. No tan seguido de mi desayuno.

Esteban dió media vuelta.

—Pasa la llave, Kinch —dijo Buck Mulligan—, para sujetar mi camisa.

Esteban le alargó la llave. Buck Mulligan la colocó sobre sus ropas amontonadas.

—Y dos peniques —dijo—, para una pinta. Tira eso ahí.

Esteban arrojó dos peniques sobre el montón blando. Vestirse, desnudarse. Erecto, con las manos juntas adelante, Buck Mulligan dijo solemnemente:

—El que roba al pobre presta al Señor. Así hablaba Zaratustra.

Su cuerpo rollizo zambulló.

—T'e veremos nuevamente —dijo Haines, volviéndose mientras Esteban subía por el sendero, y sonriendo por el salvaje irlandés.

Cuerno de toro, casco de caballo, sonrisa de sajón.

—El Ship —gritó Buck Mulligan—. A las doce y media.
—Bueno —dijo Esteban.
Siguió andando por el sendero que se curvaba en ascenso.

Lilata rutilantium.
Turma circumdet
Iubilantium te virginum

El nimbo gris del sacerdote en el nicho en que se viste discretamente. No quiero dormir aquí esta noche. A casa tampoco puedo ir.

Una voz dulzona y prolongada lo llamó desde el mar. Al doblar la curva agitó su mano. Volvió a llamar. Una bruñida y morena cabeza, la de una foca, allá lejos en el agua, redonda.

Usurpador.

El señor Leopoldo Bloom comía con fruición órganos internos de bestias y aves. Le gustaba la espesa sopa de menudos, las ricas mollejas que saben a nuez, un corazón relleno asado, lonjas de hígado fritas con raspaduras de pan, ovas de bacalao bien doradas. Sobre todo le gustaban los riñones de carnero a la parrilla, que dejaban en su paladar un rastro de sabor a orina ligeramente perfumada.

Los riñones estaban en su mente cuando se movía suavemente por la cocina, disponiendo las cosas del desayuno de ella sobre la gibosa bandeja. En la cocina había una luz y un aire destemplados, pero afuera la suave mañana de verano se extendía por todas partes. Le despertaba un poco de apetito.

Los carbones enrojecían.

Otra rebanada de pan con manteca: tres, cuatro: está bien. A ella no le gusta que el plato esté lleno. Está bien. Se apartó de la bandeja, tomó la pava del fogón y la colocó sobre el fuego. Allí quedó, pesada y rechoncha, el pico amenazante. Pronto la taza de té. Bueno. La boca seca. La gata caminaba rígidamente alrededor de una pata de la mesa con la cola levantada.

—¡Mrkrñau!

—¡Oh, estás ahí! —dijo el señor Bloom, volviéndose del fuego.

La gata contestó con un maullido y volvió a dar vueltas alrededor de la pata de la mesa, tiesa y maullando. En la misma forma que anda sobre mi mesa de escribir. Prr. Ráscame la cabeza. Prr.

El señor Bloom observó con curiosidad, cordialmente, la flexible forma negra. Tan limpia: el brillo de su piel lustrosa, el botón blanco bajo la cola, las verdes pupilas luminosas. Con las manos sobre las rodillas se inclinó hacia ella.

—Leche para la minina —dijo.

—¡Mrkrñau! —hizo la gata.

Lo llaman estúpido. Entienden lo que decimos mejor de lo que nosotros los entendemos a ellos. Ella entiende todo lo que

necesita. Vengativa, también. Me preguntó qué le parezco a ella. ¿Altura de una torre? No, ella me puede saltar.

—Tiene miedo de los pollitos —dijo burlonamente—. Tiene miedo de los piú piú. Nunca vi una minina tan estúpida como la minina.

Cruel. Su naturaleza. Es claro que las lauchas nunca chillan. Parece que les gustara.

—¡Mrkrñau! —gritó la gata.

Guiñó hacia arriba sus ávidos ojos vergonzosos maullando largo y quejosamente, mostrándole sus dientes blancoleche. Observó las oscuras lumbreojos encogiéndose verdes hasta que los ojos de ella se volvieron piedra verde. Luego se dirigió al aparador, tomó la jarra que el lechero de Hanlon acababa de llenar, volcó la calienteburbujeada leche en un plato y colocó éste lentamente en el suelo.

—¡Gurrhr! —hizo ella, corriendo a lamer.

Él observó los bigotes brillando como alambres en la débil luz, mientras ella se agachaba tres veces y lamía rápidamente. ¿Será cierto que si se los cortan ya no pueden cazar lauchas? ¿Por qué? Quizá porque los extremos brillan en la obscuridad. O porque son una especie de antenas en la oscuridad tal vez.

Escuchó su lamlamida. Jamón y huevos, no. No hay buenos huevos con esta sequía. Necesitan agua pura y fresca. Jueves: tampoco es buen día para un riñón de carnero en lo de Buckley. Saltado con manteca y una pizca de pimienta. Mejor un riñón de cerdo en lo de Dlugacz. Mientras hierve el agua de la pava. Ella lamió más lentamente, relamiendo luego el platillo hasta dejarlo limpio. ¿Por qué son tan ásperas sus lenguas? Para lamer mejor, todo agujeros porosos. ¿Nada que ella pueda comer? Echó una ojeada en torno. No.

Sobre botas que crujían discretamente, subió la escalera hasta el vestíbulo, y se detuvo a la puerta del dormitorio. Tal vez a ella le gustaría algo sabroso. Por la mañana le gustan rebanadas delgadas de pan con manteca. Sin embargo, a lo mejor, para variar.

Dijo a media voz en el vestíbulo, vacío:

—Voy hasta la esquina. En un minuto estoy de vuelta.

Y luego de oír a su voz decir eso agregó:

—¿No quieres nada para el desayuno?

Un débil gruñido somnoliento contestó:

—Mn.

No. Ella no quería nada. Oyó entonces un cálido suspiro profundo, más amodorrado, al darse ella vuelta en la cama, y las flojas arandelas de bronce del elástico retintinearon. De veras tengo que hacerlas arreglar. Lástima. Todo el trayecto desde Gi-

braltar. Ella olvidó el poco español que sabía. Me gustaría saber cuánto pagó su padre por eso. Estilo antiguo. ¡Ah!, sí, naturalmente. La compró en el remate del gobernador. Un golpe seco de martillo. Duro como los clavos para regatear, el viejo Tweedy. Sí, señor. En Plevna era eso. Me salí de las filas, señor, y estoy orgulloso de ello. Sin embargo, él tuvo olfato suficiente para hacer esa especulación con las estampillas. Eso sí que fué ver lejos.

Tomó su sombrero de la percha en que pendía su pesado abrigo inicialado y su impermeable de segunda mano de la oficina de objetos perdidos. Estampillas: figuras de reverso pegajoso. Me atrevería decir buena tanda de funcionarios también metidos en el asunto. No me cabe duda. La grasosa inscripción en el fondo de su sombrero le recordó en silencio: Plasto, sombre de alta calidad. Atisbó rápidamente dentro de la banda de cuero. Tira de papel blanco. Bien segura.

En el umbral se palpó el bolsillo trasero del pantalón buscando el llavín. No está. En los pantalones que dejé. Hay que buscarlo. La ropa, la tengo. El ropero cruje. No vale la pena que la moleste. Se dió vuelta somnolientamente ahora. Cerró muy silenciosamente la puerta del vestíbulo tras de sí, más, hasta que la hoja inferior ajustó suavemente sobre el umbral, una floja tapa. Parecía cerrada. De todas maneras está bien hasta que vuelva.

Cruzó hacia el lado del sol, evitando el agujero del sótano del número setenta y cinco. El sol se acercaba al campanario de la iglesia de San Jorge. Me parece que hoy hará calor. Sobre todo lo siento con estas ropas oscuras. El negro conduce, refleja (¿es refracta?) el calor. Pero no podría andar con ese traje claro. Parecería un picnic. Sus párpados se cerraban apaciblemente por momentos mientras andaba en el agradable calorcito. Los furgones de Boland entregando en bandejas el nuestro de cada día; pero ella prefiere pan de ayer, pastelillos con las tostadas cortezas calientes. Lo hace sentirse joven a uno. En alguna parte en el este: mañana temprano; partir al alba, viajar en redondo frente al sol, ganarle de mano por un día. Seguir así, para siempre nunca envejecer un día más técnicamente. Caminar a lo largo de una playa en un país desconocido, llegar a la puerta de la ciudad, un centinela allí, veterano de las filas también; los grandes bigotes del viejo Tweedy apoyándose sobre una larga especie de lanza. Vagar a través de calles entoldadas. Rostros con turbantes pasando. Oscuras cuevas donde venden alfombras, hombre grande, Turco el terrible, sentado con las piernas cruzadas fumando una pipa en espiral. Gritos de vendedores en las calles. Beber agua perfumada con hinojo, sorbetes. Vagar a la ventura todo el día. Encontrarse a lo mejor con uno o dos ladrones. Bueno, enfréntalo.

Aproximándose al crepúsculo. Las sombras de las mezquitas a lo largo de los pilares; sacerdotes con su pliego de pergamino arrollado. Un temblor de los árboles, señal, el viento del crepúsculo. Sigo. Cielo de oro esfumándose. Una madre observa desde su puerta. Ella llama a casa a sus hijos en su lenguaje oscuro. Alta pared: más allá puntear de cuerdas. Noche cielo luna, violeta, color de las ligas nuevas de Maruja. Cuerdas. Escucha. Una joven tocando uno de estos instrumentos ¿cómo se llaman?: dulcémeles. Paso.

Probablemente ni una pizca así en la realidad. Clase de cosas que uno lee: en la senda del sol. Explosión de sol en la portada. Sonrió, satisfecho de sí mismo. Lo que dijo Arturo Griffith acerca de la viñeta sobre el artículo de fondo del *Hombre Libre*: un sol autónomo levantándose al noroeste desde el sendero detrás del banco de Irlanda. Prolongó su sonrisa placentera. Un hallazgo de Isaac: sol autónomo ascendiendo en el noroeste.

Se acercó a lo de Larry O'Rourke. Del enrejado del sótano salía flotando el flojo borboteo de cerveza. A través de la puerta abierta el bar despedía bocanadas de jengibre, polvo de té, bizcochos mascados. Buena casa, sin embargo: justo la terminación del tráfago de la ciudad. Por ejemplo, el de M'Auley allí abajo: n. v. n. como ubicación. Naturalmente que si tendieran una línea de tranvías a lo largo del North Circular, desde el mercado de ganado hasta los muelles, su valor subiría como un tiro.

Cabeza calva sobre la persiana. Lindo viejo loco. No vale la pena rastrearlo por un aviso. Sin embargo, es el que mejor conoce su propio negocio. Allí está, no hay duda, el célebre Larry, apoyado contra el cajón de azúcar, en mangas de camisa, observando a su dependiente en delantal fregar con estropajo y balde. Simón Dedalus lo remeda a la perfección torciendo los ojos. ¿Sabes lo que te voy a decir? ¿Qué es eso, señor O'Rourke? ¿Sabe qué? Los rusos no serían más que un modesto desayuno para los japoneses.

Pararme y decir una palabra: quizá acerca del funeral. Qué triste lo del pobre Dignam, señor O'Rourke.

Doblando sobre la calle Dorset dijo con soltura, saludando a través de la puerta:

—Buen día, señor O'Rourke.

—Buen día tenga usted.

—Hermoso tiempo, señor.

—Por cierto.

¿Dónde consiguen el dinero? Vienen como peones cabizrrojos del campo de Leitrim, juntan los restos de las copas y fabrican vinachos en el sótano. Luego, pum, y ahí están floreciendo como

Adam Finlaters o Dan Tallons. Pensad luego en la competencia. Sed general. Buen rompecabezas sería cruzar Dublín sin pasar por una taberna. Evitarlo no pueden. Con los borrachos tal vez. Poner tres y llevar cinco. ¿Qué es eso? Un chelín aquí y allá, rebusques y enjuagues. Tal vez en las órdenes al por mayor. Haciendo un doble juego con los viajeros que pasan por la ciudad. Arréglate con el patrón y partiremos la tajada, ¿eh?

¿Cuánto suma lo de la cerveza en un mes? Digamos 10 barriles de mercadería. Digamos que sacó el 10 %. O más. Diez. Quince. Pasó delante de la Escuela Nacional de San José. Clamor de mocosos. Ventanas abiertas. El aire fresco ayuda a la memoria. O una cancioncilla. Abeecee deefeeegee kaelemene opeecu ereeseteuve dobleevee. ¿Varones? Sí, Inishturk, Inishark, Inishboffin. En su juergafía. La mía. Monte Bloom.

Se detuvo delante de la vidriera de Dlugacz, contemplando las madejas de salchichas, pasteles, negro y blanco. Cincuenta multiplicado por. Las cifras palidecieron en su mente sin resolverse: descontento, las dejó escurrirse. Los lustrosos eslabones rellenos de picadillo alimentaban su mirada y respiró tranquilamente el tibio aliento de la cocida condimentada sangre de cerdo.

Un riñón rezumaba sangregotas sobre el plato saucedecorado: el último. Se quedó parado frente al mostrador cerca de la chica de al lado. Lo compraría ella también nombrando las cosas escritas en un pedazo de papel que tenía en la mano. Agrietada: soda de lavar. Y una libra y media de salchichas de Denny. Sus ojos descansaron sobre sus vigorosas caderas. Él se llama Woods. ¿De qué se ocupará? La esposa está avejentada. Sangre nueva. No se permiten pretendientes. Fuerte par de brazos. Sacudiendo una alfombra sobre la ropasoga. La sacude de veras, por Jorge. Cómo salta su pollera curvada a cada golpe.

El chanchero de ojos de hurón dobló las salchichas que había cortado de un golpe con sus dedos manchados, salchicharrosados. Buena carne allí como una novilla establocebada.

Tomó una página de la pila de hojas cortadas. La granja modelo en Kinnereth sobre la orilla del lago de Tiberias. Puede convertirse en ideal sanatorio de invierno. Moisés Montefiore. Yo creí que era él. Alquería rodeada de muros, ganado borroso paciendo. Sostuvo la hoja apartada de sí: interesante; la leyó más de cerca, el ganado borroso paciendo, la página crujiendo. Una joven novilla blanca. Esas mañanas en el mercado de hacienda las bestias mugiendo en sus corrales, ovejas marcadas, rociada y caída del estiércol, los cuidadores de botas herraclaveteadas abriéndose paso trabajosamente entre las camas de paja, haciendo sonar su palmada sobre un cuarto trasero de carne en sazón, ésta

sí que es de primera, varillas descortezadas en sus manos. Pacientemente mantuvo la página inclinada, conteniendo sus impulsos y sus deseos, la mirada suavemente atenta y reposada. La pollera curvada balanceándose al pluf pluf pluf.

El chanchero arrebató dos hojas de la pila, envolvió sus salchichas de primera e hizo una mueca roja.

—Ahí tiene, señorita —dijo.

Sonriendo descaradamente, ella alargó una moneda, mostrando su muñeca regordeta.

—Gracias, señorita. Y un chelín tres peniques de vuelto. ¿Qué le doy a usted, señor?

El señor Bloom señaló en seguida. Apurarse y caminar detrás de ella si iba despacio, detrás de sus jamones en movimiento. Agradables como primera vista de la mañana. Apúrate, maldito sea. Hay que aprovechar la ocasión. Ella se detuvo bajo el sol a la puerta del negocio, y comenzó a andar luego perezosamente hacia la derecha. Él suspiró con la nariz: ellas nunca entienden. Manos sodaagrietadas. Uñas de los pies encostradas también. Escapularios castaños en jirones, defendiéndola por los dos lados. El aguijón del desprecio se enardeció para debilitar el placer dentro de su pecho. Para otro: un alguacil fuera de servicio la abrazó en Eccles Lane. A ellos les gustan de buen tamaño. Salchicha de primera. Oh, por favor, señor policía, estoy perdida en el bosque.

—Tres peniques, por favor.

Su mano aceptó la húmeda glándula tierna y la deslizó dentro de un bolsillo lateral. Luego sacó tres monedas del bolsillo de su pantalón y las colocó sobre las púas de goma. Estuvieron allí, fueron examinadas rápidamente y rápidamente deslizadas, disco por disco, dentro del cajón.

—Gracias, señor. Hasta la vista.

Una chispa de vehemente fuego en los zorrojos le agradeció. Desvió su mirada después de un instante. No: mejor que no; otra vez.

—Buen día —dijo alejándose.

—Buen día, señor.

Ningún rastro. Se fué. ¿Qué importa?

Volvió por la calle Dorset, leyendo con atención. Agendath Netaim: compañía de plantadores. Comprar vastas áreas arenosas del gobierno de Turquía y plantar eucaliptos. Excelente para sombra, combustible y construcción. Montes de naranjos e inmensos campos de melones al norte de Jaffa. Paga ocho marcos y le plantan para usted, en una fracción de tierra, olivos, naranjos, almendros o limoneros. Olivos más baratos: naranjos necesitan el riego artificial. Cada año usted recibe un envío de la cosecha.

Su nombre queda registrado para toda la vida como propietario en el libro de la compañía. Puede pagar diez al contado y el resto en cuotas anuales. Bleibtreustrasse 34, Berlín, W. 15.

No me interesa. Sin embargo, ahí hay una idea.

Miró el ganado, desdibujado en un color de plata. Olivos espolvoreados de plata. Largos días apacibles: maduran las ciruelas. Las aceitunas se envasan en tarros, ¿eh? Me quedan unas pocas de lo de Andrews. Maruja escupiéndolas. Ahora conoce su gusto. Naranjas en papel de seda embaladas en canastos. Limones también. Me gustaría saber si todavía vive el pobre Citron en la parada de San Kevin. Y Mastiansky con su vieja cítara. Agradables veladas tuvimos entonces. Maruja en la silla de mimbre de Citron. Agradable de tomar fresca fruta, cerosa, tenerla en la mano, llevarla a la nariz y aspirar el perfume. Así, pesado, perfume dulce, salvaje. Siempre la misma, año tras año. También conseguían precios altos, me dijo Moisel. Arbutus, calle Placenteros, placenteros tiempos viejos. Tiene que ser sin una falla, dijo él. Recorriendo todo ese camino: España, Gibraltar, Mediterráneo, el Levante. Canastos alineados a lo largo del muelle de Jaffa, el sujeto controlándolos en su libro, los peones vestidos con ropas ordinarias de fajina manejándolos. Allí salió elquecomolollamas. ¿Cómo está usted? No ve. El sujeto que se conoce solamente como para saludar es un poco aburrido. Su espalda es como la de ese capitán noruego. ¿Lo encontraré hoy? Carro de riego. Para provocar la lluvia. Sobre la tierra como en el cielo.

Una nube comenzó a cubrir el sol enteramente, lentamente, enteramente. Gris. Lejos.

No , así no. Una tierra árida, desnudo desierto. Lago volcánico, el mar muerto: sin peces ni plantas acuáticas, hundido en la tierra. Ningún viento movería esas olas, gris metal, aguas cargadas de vapores ponzoñosos. La lluvia de azufre le llamaban: las ciudades del llano: Sodoma, Gomorra, Edom. Todos nombres muertos. Un mar muerto en una tierra muerta, gris y vieja. Vieja ahora. Dió a luz la raza más antigua, la primera raza. Una bruja encorvada cruzó de lo de Casidy agarrando una botella por el cuello con la mano crispada. La gente más antigua. Vagaron lejos por toda la tierra, de cautiverio en cautiverio, multiplicándose, muriendo, naciendo en todas partes. Yace allí ahora. Ahora no puede engendrar más. Muerto: de una vieja: la hundida concha gris del mundo.

Desolación.

Gris horror desecó su carne. Metiéndose el papel doblado en el bolsillo dió vuelta la calle Eccles, apurándose hacia casa. Aceite frío se deslizaba a lo largo de sus venas, helándole la sangre:

la edad lo encostraba con un manto de sal. Bueno, estoy aquí ahora. La mañana vocifera malas imágenes. Me levanté con el pie izquierdo. Tengo que empezar otra vez esos ejercicios de Sandow. Sobre las manos vueltas. Pardas casas de ladrillo manchadas. El número ochenta todavía desocupado. ¿Por qué es eso? Solamente 28 de alquiler. Towers, Battersby, North, MacArthur: las ventanas de la sala empapeladas de affiches. Emplastos sobre un ojo enfermo. Oler el suave humo del té, vapor de la sartén, manteca chirreante. Estar cerca de su abundante carne camacalentada. Sí, sí.

Ágil luz cálida vino corriendo de Berkeley Road, rápidamente, en delicadas sandalias, a lo largo de la vereda resplandeciente. Corre, ella corre a mi encuentro, niña de rubio cabello al viento.

Dos cartas y una tarjeta yacían sobre el piso del vestíbulo. Se inclinó y las recogió. Sra. Maruja Bloom. Su corazón apresurado latió más despacio de inmediato. Escritura suelta. Sra. Maruja.

—¡Poldito!

Entrando en el dormitorio entrecerró los ojos y atravesó la cálida penumbra amarillenta hacia su cabeza despeinada.

—¿Para quién son las cartas?

Él las miró. Mullingar. Milly.

—Una carta para mí de Milly —dijo con circunspección— y una tarjeta para ti. Y una carta para ti.

Dejó la tarjeta y la carta sobre el asargado cubrecama cerca de la curva de sus rodillas.

—¿Quieres que levante la persiana?

Mientras subía la persiana hasta la mitad con suaves tirones, con el rabo del ojo la vió echar una mirada a la carta y meterla bajo la almohada.

—¿Está bien? —preguntó, dándose vuelta.

Estaba leyendo la tarjeta, apoyada sobre el codo.

—Ella recibió las cosas —dijo ella.

Esperó hasta que ella hubo dejado a un lado la tarjeta y se hubo vuelto desperezándose con un suspiro de satisfacción.

—Apúrate con ese té —dijo ella—. Tengo la garganta reseca.

—La pava está hirviendo —respondió él.

Pero se detuvo a desocupar la silla. La enagua rayada, ropa blanca usada tirada: y en una brazada lo puso todo al pie de la cama.

Mientras bajaba por las escaleras de la cocina, ella le gritó:

—¡Poldito!

—¿Qué?

—Escalda la tetera.

Seguro que está hirviendo: un penacho de vapor del pico. Escaldó y enjuagó la tetera y puso en ella cuatro cucharadas llenas de té, inclinando luego la pava para que el agua cayera adentro. Habiendo dejado que se hiciera la infusión, sacó la pava, aplastó la sartén sobre los carbones vivos y observó el pedazo de manteca deslizarse y derretirse. Mientras desenvolvía el riñón la gata maullaba hambrienta hacia él. Déle demasiada carne y no cazará ratones. Dicen que no comen cerdo. Kosher. Toma. Dejó caer el papel embadurnado en sangre y envió el riñón a la chirriante salsa de manteca. Pimienta. La desparramó en círculos a través de los dedos, tomándola del posahuevos quebrado.

Luego rasgó el sobre de su carta lanzando una ojeada hacia el final de la misma y de vuelta. Gracias: boina nueva: el señor Coghlan: picnic al lago Owel: joven estudiante: las bañistas de Blazes Boylan.

El té estaba listo. Llenó su propia taza "de bigote", imitación corona Derby, sonriendo. Pueril regalo de cumpleaños de Milly. Entonces tenía solamente cinco años. No, espera: cuatro. Yo le regalé el collar imitación ámbar que rompió. Ella se enviaba papel marrón doblado metiéndolo en el buzón. Sonrió, vertiendo el té.

¡Oh!, Mariquita Bloom, eres mi encanto,
Eres mi espejo desde la noche a la mañana;
Te prefiero a ti con tu pobreza
Antes que a Katey Keogh con su asno y su jardín.

Pobre viejo profesor Goodwin. Horroroso caso viejo. Sin embargo era un viejo cortés. La forma anticuada en que acostumbraba hacer una reverencia a Maruja desde el andén. Y el pequeño espejo en su sombrero de seda. La noche que Milly lo trajo a la sala. ¡Oh, miren lo que encontré en el sombrero del profesor Goodwin! Todos nos reímos. El sexo ya apuntaba entonces. Ella era una cosita atrevida.

Clavó un tenedor en el riñón y lo hizo golpear al darlo vuelta: luego acomodó la tetera sobre la bandeja. Su giba rebotó al levantarla. ¿Está todo? Pan y manteca, cuatro, azúcar, cuchara, su crema. Sí. La llevó escaleras arriba, el dedo pulgar enganchado en el asa de la tetera.

Abriendo la puerta con la rodilla entró con la bandeja y la colocó sobre la silla, al lado de la cabecera de la cama.

—¡Cuánto tardaste! —dijo ella.

Hizo tintinear los bronces al levantarse ágilmente, un codo sobre la almohada. Echó una mirada tranquila a su tronco y entre los grandes senos ablandados que se derramaban dentro

de su camisón como la ubre de una cabra. El calor de su cuerpo acostado ascendió en el aire mezclándose con la fragancia del té que ella vertió.

Un pedazo de sobre roto asomaba debajo de la almohada ahuecada. En el momento de irse se detuvo para acomodar el cubrecama.

—¿De quién era la carta? —preguntó.

Escritura suelta. Maruja.

—¡Oh!, de Boylan —respondió ella—. Va a traer el programa.

—¿Qué vas a cantar?

—*Là ci darem* con J. C. Doyle —dijo ella— y *Love's Old Sweet Song.*

Sus labios carnosos, bebiendo, sonrieron. El olor un poco rancio que el incienso deja al día siguiente. Como fétida aguaflor.

—¿Quieres que abra un poco la ventana?

Ella dobló una rebanada de pan adentro de la boca, preguntando:

—¿A qué hora es el entierro?

—A las once, creo —contestó él—. No ví el diario.

Siguiendo la señal del dedo de ella sacó de la cama una pierna de sus calzones sucios. ¿No? Luego una retorcida liga gris enrollada en una media: planta arrugada y lustrosa.

—No: ese libro.

Otra media. Su falda.

—Debe haberse caído —dijo ella.

Él palpó aquí y allá. *Voglio e non vorrei.* Quisiera saber si ella pronuncia bien eso: *voglio.* No en la cama. Debe de haberse resbalado. Se agachó y levantó la colcha. El libro, caído, estaba abierto contra la curva del orinal naranjafileteado.

—Déjame ver —dijo—. Puse una señal. Hay una palabra que quería preguntarte.

Tomó un trago de té de su taza sostenida del lado sin manija y, habiéndose limpiado la punta de los dedos elegantemente sobre la frazada, recorrió el texto con una horquilla hasta que llegó a la palabra.

—¿Meten si qué? [1] —le preguntó él.

—Aquí —dijo ella—. ¿Qué quiere decir?

Se inclinó hacia adelante y leyó cerca de la lustrada uña de su pulgar.

—¿Metempsicosis?

—Sí. ¿De dónde salió eso?

1 *Met him what?*, literal: ¿Encontró el qué?

—Metempsicosis —dijo él, arrugando el entrecejo—. Es griego: viene del griego. Significa la transmigración de las almas.

—¡Qué pavada! —exclamó ella—. Dilo en palabras sencillas.

Él sonrió, mirando de soslayo sus ojos burlones. Los mismos ojos jóvenes. La primera noche después de las charadas. El granero de Dolphin. Dió vuelta las páginas sucias. *Ruby; el orgullo de la pista.* Hola. Ilustración. Fiero italiano con látigo de cochero. Debe de ser Ruby orgullo de la sobre el piso desnudo. Amable préstamo de una sábana. *El monstruo Maffei desistió y arrojó a su víctima lejos de sí con un juramento.* Crueldad detrás de todo eso. Animales dopados. Trapecio en lo de Hengler. Tenía que mirar a otra parte. La turba mirando con la boca abierta. Rómpete el cuello y reventaremos de risa. Hay familias enteras. Desarticúlenlos jóvenes para que se puedan metempsicosear. Para que vivamos después de muertos. Nuestras almas. Que el alma de un hombre después que se muera. El alma de Dignam.

—¿Lo terminaste? —preguntó él.

—Sí —dijo ella—. No tiene nada de obsceno. ¿Está ella enamorada del primer tipo siempre?

—Nunca lo leí. ¿Quieres otro?

—Sí. Consigue otro de Paul de Kock. Tiene un lindo nombre.

Vertió más té en su taza, mirándolo fluir de soslayo.

Tengo que reponer ese libro en la biblioteca de la calle Capel, o escribirán a Kearney, mi fiador. Reencarnación: ésa es la palabra.

—Algunas personas creen —dijo él— que seguimos viviendo después de muertos en otro cuerpo que el que hemos tenido antes. Llaman a eso reencarnación. Que todos hemos vivido sobre la tierra hace miles de años, o en algún otro planeta. Dicen que lo hemos olvidado. Algunos pretenden recordar sus vidas pasadas.

La crema perezosa devanó cuajadas espirales a través de su té. Mejor que le haga acordar la palabra: metempsicosis. Un ejemplo sería mejor. ¿Un ejemplo?

El *Baño de la Ninfa* sobre la cama, regalado con el número de Pascua de *Photo Bits*: espléndida obra maestra en colores artísticos. El té antes de poner la leche. Algo de ella con sus cabellos caídos, finísimos. Tres chelines y seis pagué por el marco. Ella dijo que quedaría bien encima de la cama. Ninfas desnudas: Grecia: y por ejemplo todas las personas que vivieron entonces.

Volvió las páginas.

—Metempsicosis —dijo él— es como lo llamaban los antiguos griegos. Ellos creían que uno podía convertirse en un animal

o un árbol, por ejemplo. Lo que ellos llamaban ninfas, por ejemplo.

Su cuchara dejó de revolver el azúcar. Miró delante de él, aspirando con las enarcadas ventanas de su nariz.

—Hay olor a quemado —dijo ella—. ¿Dejaste algo sobre el fuego?

—¡El riñón! —exclamó él.

Hizo entrar a la fuerza el libro en un bolsillo interior, y golpeándose los dedos del pie contra la cómoda rota, salió de prisa hacia el olor, caminando apresuradamente escaleras abajo con piernas de cigüeña agitada. Un humo acre subía en irritado surtidor de un lado de la sartén. Clavando una punta del tenedor bajo el riñón lo separó de la sartén y lo dió vuelta. Solamente un poco quemado. Lo hizo saltar de la sartén a un plato y dejó gotear encima la escasa salsa ennegrecida.

Ahora una taza de té. Se sentó, cortó y enmantecó una rebanada de pan. Recortó la carne quemada y la tiró a la gata. Luego se puso en la boca un bocado, masticando con discernimiento la sabrosa carne tierna. A punto. Un trago de té. Luego cortó pedacitos de pan, empapó uno en la salsa y lo llevó a la boca. ¿Qué era eso de un joven estudiante y un picnic? Desdobló la carta a un costado, leyéndola lentamente mientras masticaba, mojaba otro pedacito de pan en el jugo y lo llevaba a la boca.

Queridísimo papito:

Un millón de gracias por el hermoso regalo de cumpleaños. Me queda espléndidamente. Todos dicen que estoy preciosa con mi boina nueva. Recibí la hermosa caja de bombones de mamita y le escribo. Son deliciosos. Me va muy bien en el asunto de la fotografía. El señor Coghlin me sacó una a mí y la señora la mandará cuando esté revelada. Había mucho apuro ayer. Con un día tan lindo estaban allí todas las elegancias dudosas. El lunes iremos al lago Owel con unos amigos para hacer un picnic. Mis cariños a mamita y para ti un gran beso y gracias. Los estoy escuchando tocar el piano abajo. Va a haber un concierto en el Greville Arms el sábado. Hay un estudiante joven que viene aquí algunas tardes, que se llama Bannon; sus primos o algo así, son gente copetuda y él canta la canción de Boylan (estuve en un tris de escribir Blazes Boylan) sobre esas chicas bañistas. Dile que la tontita de Milly le manda sus mejores saludos. Tengo que terminar con el mayor cariño.

Tu hija que te quiere

MILLY

P. D. Disculpa la mala letra, estoy apurada. Hasta prontito. *M.*

Quince ayer. Curioso, el quince del mes también. Su primer cumpleaños lejos de casa. Separación. Recuerdo la mañana de verano en que ella nació, corriendo a llamar a la Sra. Thorton en la calle Denzille. Vieja jovial. Debe de haber ayudado a venir al mundo a muchos bebes. Supo desde el primer momento que el pobre pequeño Rudy no viviría. Bueno, Dios es bueno, señor. En seguida se dió cuenta. Tendría once años ahora si hubiera vivido.

Su cara vaga contempló con lástima la posdata. Disculpa la mala letra. Apuro. El piano abajo. Sale del cascarón. Pelea con ella en el Café XL, acerca de la pulsera. No quería comer sus masas ni hablar ni mirar. Descarada. Empapó otros pedacitos de pan en el jugo y comió pedazo tras pedazo de riñón. Doce chelines y seis por semana. No mucho. Sin embargo, podría ser peor. Figuranta de music hall. Estudiante joven. Bebió un trago de té más frío para bajar la comida. Después leyó la carta otra vez: dos veces.

¡Oh!, bueno: ella sabe cuidarse. ¿Pero si no? No, nada ha sucedido. Naturalmente podría. Espera en cualquier caso hasta que suceda. El demonio en persona. Sus piernas delgadas subiendo a la carrera la escalera. Destino. Madurando ahora. Vanidosa: mucho.

Sonrió con preocupado afecto a la ventana de la cocina. El día que la sorprendí en la calle pellizcándose las mejillas para ponerlas coloradas. Un poco anémica. Se le dió leche demasiado tiempo. Y ese día en *Rey de Erîn* alrededor del Kish. La endemoniada bañera vieja cayéndose por ahí. Ni un poquito asustada. Su echarpe azul claro suelta en el viento con su cabello.

Toda mejillas con hoyuelos y bucles
tu cabeza simplemente gira.

Chicas bañistas. Sobre roto. Las manos metidas en los bolsillos del pantalón, cochero de paseo por el día, cantando. Amigo de la familia. Gira, dice él. Muelle con lámparas, tarde de verano, banda,

Esas chicas, esas chicas
Esas hermosas chicas bañistas.

Milly también. Jóvenes besos: el primero. Lejos en el pasado ahora. Sra. Maruja. Leyendo ahora acostada de espaldas, contando las hebras de su cabello, sonriendo, trenzando.

Un débil espasmo de remordimiento se insinuó a lo largo de su espinazo, aumentando. Sucederá, sí. Prevenirlo. Inútil: no

puedo moverme. Dulces labios frescos de niña. Ocurrirá también. Sintió que se le desparramaba el creciente espasmo. Inútil moverse ahora. Labios besados, besando besados. Glutinosos labios carnosos de mujer.

Mejor allí donde está: lejos. Ocuparla. Quería un perro para pasar el tiempo. Podría hacer un viaje hasta allí. Vacaciones bancarias en agosto, solamente dos y seis ida y vuelta. Pero faltan seis semanas. Podría conseguir un pase de prensa. O por medio de M'Coy.

La gata, después de limpiarse toda la piel, volvió al papel manchado, lo olfateó y se fué majestuosamente hacia la puerta. Miró atrás hacia él, maullando. Quiere salir. Aguarda frente a la puerta, que ya se abrirá. Déjela esperar. Tiene fatiga. Eléctrica. Truenos en el aire. Se pasaba en ese momento la pata detrás de la oreja, de espalda al fuego.

Se sentía pesado, lleno: luego un suave aflojarse de sus intestinos. Se paró, desabrochando la pretina de sus pantalones. El gato le maulló.

—¡Miau! —le dijo contestando—. Espera que esté listo.

Pesadez: día caluroso en perspectiva. Demasiado trabajo trotar escaleras arriba hasta el descanso.

Un papel. Le gustaba leer en el inodoro. Espero que ningún macaco venga a golpear justamente cuando estoy.

En el cajón de la mesa encontró un viejo número del *Tibits*. Lo dobló y se lo puso debajo del brazo, fué a la puerta y la abrió. La gata salió en suaves respingos. ¡Ah!, quería ir arriba, hacerse una pelota sobre la cama.

Escuchando, oyó la voz de ella:

—Ven, ven, minina, ven.

Salió al jardín por la puerta trasera: se paró para escuchar hacia el jardín vecino. Ni un ruido. Tal vez colgando ropa afuera a secar. La sirvienta estaba en el jardín. Hermosa mañana.

Se inclinó para observar una magra fila de menta verde creciendo al lado de la pared. Hacer una glorieta aquí. Trepadoras rojas. Enredaderas de Virginia. Hay que abonar todo el terreno, suelo roñoso. Una mano amarillenta de azufre. Todo el suelo es así cuando no tiene estiércol. Aguas servidas. Greda; ¿qué es lo que es eso? Las gallinas en el jardín de al lado; sus excrementos son muy buen abono de superficie. Sin embargo lo mejor es el ganado, especialmente cuando se lo alimenta con esas tortas de borujo. Mezcla de estiércol. Lo mejor para limpiar los guantes de cabritilla de señoras. Lo sucio limpia. Cenizas también. Mejorar todo el terreno. Plantar guisantes en ese rincón. Lechuga. Entonces siempre tendría verdura fresca. Sin embargo

las huertas tienen sus inconvenientes. Esa abeja o moscarda de lunes de Pentecostés.

Siguió andando. De paso, ¿dónde está mi sombrero? Debo de haberlo vuelto a poner en la percha. O tirado por el piso. Curioso, no me acuerdo de eso. El perchero del vestíbulo demasiado lleno. Cuatro paraguas, su impermeable. Recogiendo las cartas. La campanilla del negocio de Drago sonando. Curioso lo que estaba pensando en ese momento. Castaño cabello abrillantinado sobre su cuello. Solamente una lavada y una peinada. ¿Tendré tiempo de darme un baño esta mañana? Calle Tara. El tipo en la caja de pago de allí dicen que hizo escapar a James Stephens. O'Brien.

Voz profunda tiene ese tipo Dlugacz. ¿Agenda qué es? Ahora, mi señorita. Entusiasta.

Abrió de un puntapié la puerta desvencijada. Cuidado no ensuciarme los pantalones para el entierro. Entró, inclinando la cabeza, al pasar el bajo dintel. Dejando la puerta entreabierta, entre el hedor de mohosa agua de cal y viejas telas de araña, se quitó los tiradores. Antes de sentarse espió a través de una hendija la ventana de la puerta vecina. El rey estaba en su tesoro. Nadie.

Acurrucado en el asiento desdobló su periódico dando vuelta las páginas sobre sus desnudas rodillas. Algo nuevo y fácil. No hay gran apuro. Aguanta un poco. Nuestro trozo premiado. *El golpe maestro de Matcham.* Escrito por el señor Philip Beaufoy, club de teatrómanos Playgoer, Londres. El autor ha recibido a razón de una guinea por columna. Tres y media. Tres libras, tres. Tres libras trece seis.

Leyó tranquilamente, reteniéndose, la primera columna y cediendo pero resistiendo, comenzó la segunda. A la mitad, cediendo su última resistencia, permitió que los intestinos descargaran calmosamente mientras leía, leyendo todavía pacientemente esa ligera constipación de ayer completamente desaparecida. Espero que no sea demasiado grueso y remueva las hemorroides de nuevo. No, sólo lo necesario. Así. ¡Ah! Estreñido una tableta de *cáscara sagrada* [1]. La vida podría ser así. No lo agitó ni emocionó, sino que fué algo rápido y limpio. Imprimen cualquier cosa ahora. Tonta temporada. Siguió leyendo, sentado en calma sobre su propio olor ascendente. Macanudo. *Matcham piensa con frecuencia en el golpe maestro con el que ganó la riente hechicera que ahora.* Empieza y termina moralmente. *La mano en la mano.* Ingenioso. Repasó con la mirada lo que había leído y,

1 En castellano en el original.

mientras sentía los orines fluir calladamente, envidió al bueno del señor Beaufoy que lo había escrito y recibido el pago de tres libras trece seis.

Podría hacer un sketch. Por el señor y la señora L. M. Bloom. ¿Inventar una historia por algún proverbio que? La época en que acostumbraba tratar de apuntar en mi puño lo que ella decía mientras se vestía. Desagradable vestirse juntos. Me corté afeitándome. Mordiendo su labio inferior, abrochando el cierre de su pollera. Marcándole el tiempo. 9.15. ¿No te pagó Roberts todavía? 9.20. ¿Qué llevaba puesto Greta Conroy? 9.23. ¿En qué pensaba cuando compré ese peine? 9.24. Estoy hinchada después de ese repollo. Una motita de polvo sobre el charol de su bota.

Su modo de frotar vivamente la capellada de un zapato después de otro contra la pantorrilla de su media. La mañana después del baile del bazar donde la banda de May tocó la *Danza de las horas,* de Ponchielli. Explicar eso: las horas de la mañana, mediodía, luego viene la tarde, después las horas de la noche. Ella lavándose los dientes. Eso fué la primera noche. Su cabeza bailando. Las varillas de su abanico repiqueteando. ¿Es pudiente ese Boylan? Tiene dinero. ¿Por qué? Noté al bailar que tenía buen aliento. No valía la pena canturrear entonces. Aludir a ello. Extraña clase de música la de anoche. El espejo estaba en la sombra. Ella frotó su espejo de mano vivamente sobre su tricota de lana, contra su amplio seno oscilante. Atisbando en él. Arrugas en sus ojos. Imposible prever resultados.

Horas de la tarde, jóvenes en gasa gris. Horas de la noche, negras con dagas y antifaces. Poética idea rosa, luego dorada, luego gris, luego negra. Además concordante con la vida también. El día, luego la noche.

Rasgó bruscamente la mitad del cuento premiado y se limpió con él. Luego se ciñó los pantalones, reajustó los tiradores y se abrochó los botones. Abrió de un empujón la crujiente puerta desvencijada y emergió de la penumbra hacia el aire libre.

En la luz clara, aligerado y fresco de miembros, examinó cuidadosamente sus pantalones negros, los bajos, las rodillas, la corva de las rodillas. ¿A qué hora es el entierro? Mejor ver en el diario.

Un chirrido y un grave zumbido en el aire allá arriba. Las campanas de la iglesia de San Jorge. Señalaban la hora: oscuro hierro resonante.

¡Digadón! ¡Digadón!
¡Digadón! ¡Digadón!
¡Digadón! ¡Digadón!

Menos cuarto. Una vez más: la armonía siguiendo a través del aire. Un tercero.

¡Pobre Dignam!

arrendamiento de la vida. Había igualmente excelentes oportunidades para las vacaciones en la isla patria, deliciosos sitios silvánicos para el rejuvenecimiento, que ofrecen cúmulos de atractivos, como asimismo un fortificante tónico para el sistema nervioso, dentro mismo de Dublín y en sus pintorescos alrededores, hasta Pulafucá, servida por un tranvía de vapor, y también apartándose aún más de la enloquecida multitud, estaba Wicklow, denominada el jardín de Irlanda, una vecindad ideal para ciclistas maduros, siempre que no se venga abajo, y los desiertos de Donegal, donde, si eran exactos los informes, el *Coup d'oeil* era particularmente impresionante, aunque el acceso a esta última localidad no fuese decididamente fácil, por cuya causa no era todavía todo lo que podía llegar a ser, considerando los notables beneficios que podían obtenerse allí, mientras Howth con sus asociaciones históricas y desde otro punto de vista el lujoso Thomas, Grace O'Malley, Jorge IV, con sus rododendros, elevándose varios cientos de pies sobre el nivel del mar, era un lugar favorito para los hombres de toda clase y condición, especialmente en la primavera, en que la fantasía de los jóvenes, aunque tenía su propio prestigio lúgubre de muertes debidas a caídas desde los acantilados, a propósito o por accidente, viniendo a caer, por lo general, dicho sea de paso, sobre la pierna izquierda, y estaba solamente a una distancia de unos tres cuartos de hora desde la columna. Porque salta a la vista que los viajes modernos de turismo están todavía en su infancia, por así decirlo, y los servicios dejan mucho que desear. Resultaba interesante imaginarse, le parecía a él, pura y simplemente por curiosidad, si sería el tránsito el que creaba el camino, o viceversa, o las dos cosas a la vez. Dió vuelta la postal y se la pasó a Esteban.

—He visto a un chino una vez —relataba el jactancioso narrador—, que tenía unas pequeñas píldoras como de masilla; las puso en el agua, se abrieron, y de cada píldora salió una cosa diferente. De una brotó un barco, de otra una casa, de otra una flor. Le dan a uno caldo de ratas —agregó con fruición—; los chinos hacen eso.

Advirtiendo, sin duda, una expresión de incredulidad en los rostros, el trotamundos prosiguió su discurso buscando impresionar más con sus aventuras.

—Y he visto en Trieste a un hombre muerto por un italiano. El cuchillo en la espalda. Un cuchillo así.

Mientras hablaba sacó una navaja de peligroso aspecto, en completa consonancia con su catadura, y la sostuvo en posición de golpear.

—Ocurrió en un lupanar, a causa de una disputa entre dos

contrabandistas. El tipo se escondió detrás de la puerta, salió detrás de él. Así. *Prepárate para ver a tu Dios,* dijo él. ¡Chuck! Se la hundió en la espalda hasta el mango.

Su pesada mirada dió la vuelta a la concurrencia. Como una suerte de desafío a que le formularan nuevas preguntas si había alguien que tuviera ganas de hacerlas. Ése es un buen chiche de acero, repitió, examinando su formidable *stiletto.*

Después de cuyo horripilante *dénouement,* suficiente para espantar al más intrépido, cerró de golpe la hoja y escondió el arma en cuestión otra vez en su cámara de horrores, por otro nombre bolsillo.

—Son fantásticos para el acero frío —dijo, para alivio de todos, alguien que evidentemente estaba a oscuras—. Es por eso que se creyó que los asesinatos de los invencibles habían sido hechos por extranjeros, a causa de que se usaron cuchillos.

A esta observación, hecha obviamente en el espíritu de *donde la ignorancia es una bendición,* el señor Bloom y Esteban, cada uno a su manera particular, cambiaron instintivamente miradas significativas, en un silencio religioso de estricta calidad *entre nous* y hacia donde Piel-de-Cabrón *alias* El Invencible estaba haciendo salir chorros de líquido de su hervidor. Su rostro inescrutable, que era realmente una obra de arte, un estudio perfecto en sí mismo, fuera de toda descripción, tenía toda la apariencia de no entender un ápice de lo que pasaba. Gracioso mucho.

Se produjo entonces una pausa algo prolongada. Un hombre leía sin ton ni son un diario de la noche manchado de café; otro la postal con los indígenas *choza de*; otro, la licencia del marinero. El señor Bloom, en lo que a él personalmente se refería, se hallaba reflexionando pensativamente. Recordaba vívidamente el suceso aludido como si hubiera ocurrido ayer: unos veinte años atrás, en los días de los disturbios agrarios, en que cayó sobre el mundo civilizado como una tromba, figuradamente hablando, a principios del ochenta, el ochenta y uno para más exactitud, cuando él acababa de cumplir los quince.

—¡Ea, patrón! —rompió el silencio el marinero—. Vengan de vuelta esos papeles.

Habiendo sido satisfecho el requerimiento, los agarró con un zarpazo.

—¿Ha visto usted el Peñón de Gibraltar? —inquirió el señor Bloom.

El marinero hizo una mueca, chicando, en una forma que podía ser como sí, puede ser o no.

—¡Ah, ha tocado allí también! —dijo el señor Bloom—, la

punta de Europa —pensando que lo había hecho, en la esperanza de que el vagabundo pudiera, tal vez por algunas reminiscencias; pero no lo hizo, dejando simplemente brotar un chorro de saliva contra el aserrín y sacudir la cabeza en una especie de perezoso desdén.

—¿En qué año sería? —interpeló el señor Bloom—. ¿Se puede acordar de los barcos?

Nuestro *soi-disant* marinero chicó pesadamente un rato, hambrientamente, antes de contestar.

—Estoy cansado de todas esas rocas del mar —dijo—; y de botes y barcos. Continua basura salada.

Cansado, sin duda, se detuvo. Su interrogador, comprendiendo que no era probable que lograra sacar nada en limpio de semejante marrullero cliente viejo, dió en divagar sobre la enorme proporción de agua sobre el globo. Baste decir, como lo revela una ligera mirada sobre el mapa, que el agua cubre tres cuartas partes de él, y él comprendía con exactitud, de consiguiente, lo que significaba dominar las olas. En más de una ocasión —una docena por la parte baja— cerca del North Bull en Dollymouth, él había observado a un marinero jubilado, evidentemente sin ocupación, sentado casi siempre sobre el paredón, cerca del no particularmente fragante mar, mirando con fijeza el agua y el agua a él, soñando en frescos bosques y nuevos pastos como alguien canta por alguna parte. Y esto lo dejó cavilando por qué probablemente él había tratado de descubrir el secreto por sí mismo, arrojado de unos antípodas a los otros y demás de tal suerte y arriba y abajo —bueno, no exactamente abajo— desafiando a la suerte. Y las probabilidades eran veinte a nada de que no había absolutamente ningún secreto al respecto. Sin embargo, sin entrar en las *minutiæ* del asunto, quedaba el hecho elocuente de que el mar estaba allí en toda su gloria y en el natural curso de las cosas alguna u otra persona había de navegar sobre él desafiando a la providencia, aunque simplemente eso servía para demostrar cómo la gente generalmente se las ingeniaba para cargar esa especie de responsabilidad sobre el prójimo como la idea del infierno, la lotería y el seguro, que funcionaban idénticamente sobre los mismos métodos, de modo que por esa misma razón, si no por otra, el Domingo de la lancha salvavidas era una institución muy loable a la cual el público sin restricción, no importa donde viva, en el interior o en la costa, como fuera el caso, entendiendo las cosas como es debido, debería también hacer extensiva su gratitud a los capitanes de puerto y al personal del servicio de guardacostas que tenía que tripular los barcos entre los elementos desencadenados cualquiera que fuere la esta-

ción, cuando el deber lo exige *Irlanda espera que cada hombre* y etcétera, y a veces tenían un tiempo horrible durante el invierno sin olvidar las boyas irlandesas, la Kish y las otras, propensas a zozobrar en cualquier momento, rodeando las cuales él una vez con su hija había tenido que afrontar un agitado, por no decir tempestuoso tiempo.

—Había un tipo que se embarcó conmigo en el *Pirata* —continuó el lobo de mar, pirata él también—. Desembarcó y tomó un empleo tranquilo como valet de un caballero a seis libras por mes. Estos pantalones que tengo puestos son los suyos y me dió además un impermeable y esa navaja sevillana. Mi especialidad es ese trabajo, afeitar y cepillar. Ahí está mi hijo ahora, Daniel, que se escapó para embarcarse y a quien su madre había conseguido un empleo en lo de un pañero en Cork, donde podría estar ganando dinero fácilmente.

—¿Qué edad tiene? —interrogó un oyente que, entre paréntesis, visto de perfil, tenía un lejano parecido con Enrique Campbell, el secretario del Ayuntamiento, alejado de los engorrosos cuidados de la oficina, sin lavar, naturalmente, en un andrajoso atavío y una notable imitación de pintura de nariz en su apéndice nasal.

—Toma —contestó el marinero con una lenta pronunciación perpleja—. ¿Mi hijo Daniel? Tendrá unos dieciocho ahora, si mis cálculos no fallan.

A todo esto, el padre Skibereen se abrió con ambas manos de un tirón su camisa gris o gris de sucia que estaba y se rascó el pecho, en el que se veía una imagen tatuada en tinta china azul, que tenía la intención de representar un ancla.

—Había piojos en esa tarima de Bridwater —observó—. Grandes como nueces. Tendré que lavarme mañana o pasado mañana. No puedo soportar a esos negritos. Detesto a esos malditos. A uno le chupan la sangre hasta secarlo, palabra.

Viendo que todos estaban mirándole el pecho, complacientemente se abrió más la camisa, de manera que sobre el tradicional símbolo de la esperanza y descanso del marinero, pudieran ver claramente la cifra 16 y el perfil de un hombre joven, que aparecía más bien ceñudo.

—Tatuaje —explicó el exhibidor—. Esto se hizo cuando nos tomó la calma fuera de Odesa, en el Mar Muerto, con el capitán Dalton. Lo hizo un tipo que se llamaba Antonio. Ése es él, un griego.

—¿Dolía mientras lo hacían? —preguntó uno al marinero.

El personaje, por lo demás, estaba muy atareado en recoger alrededor de alguna manera en su. Estrujando o...

—Miren aquí —dijo, mostrando a Antonio—. Ahí lo tienen maldiciendo al piloto. Y véanlo ahora —agregó estirándose la piel con los dedos, valiéndose de una treta especial—, ahora se ríe de un cuento que acaban de contarle.

Y por cierto que el lívido rostro del joven llamado Antonio parecía sonreír forzadamente, y el curioso efecto excitó la franca admiración de todos, incluso de Piel-de-Cabrón, que esta vez se estiró para ver.

—¡Ay, ay! —suspiró el marinero contemplando su pecho varonil—. Él se fué también. Devorado por los tiburones después. ¡Ay, ay!

Soltó la piel de manera que el perfil volvió a tomar la expresión anterior.

—Lindo trabajito —dijo el primer estibador.

—¿Y para qué es el número? —interrogó el holgazán número dos.

—¿Comido vivo? —preguntó un tercero al marinero.

—¡Ay, ay! —suspiró otra vez este último personaje, más alegremente esta vez, con una especie de media sonrisa, de muy corta duración, que dirigió hacia el que lo interrogaba acerca del número—. Era griego.

Y después agregó, con un humor más bien de malhechor digno de la horca, refiriéndose al fin que atribuyera al otro:

Malo como el viejo Antonio
Quien me dejó con lo mionio.

Un rostro vidrioso y macilento de prostituta, bajo un sombrero de paja negra, atisbó furtivamente desde la puerta del refugio, explorando evidentemente por cuenta propia con el objeto de conseguir molienda para su molino. El señor Bloom, sabiendo apenas de qué lado mirar, se volvió al instante, confundido pero exteriormente calmo, y levantando de la mesa la hoja rosada del diario de la calle Abbey que el cochero, si tal cosa era, había dejado a un lado, lo levantó y miró el rosado papel, ¿aunque por qué rosa? Su razón para hacerlo así fué la de haber reconocido al instante cerca de la puerta el mismo rostro del cual había tenido una fugaz visión esa misma tarde en Ormond Quay, la mujer medio idiota; a saber, la de la callejuela, que conocía a la dama de traje castaño que está con usted (la señora B.) y le pedía encomendarle su lavado. —¿También por qué el lavado, término más bien vago?

Su lavado. Sin embargo, la sinceridad lo obligaba a admitir que él había lavado la ropa interior de su esposa cuando estaba sucia en la calle Holles y las mujeres aceptaban y podían hacerlo

con las prendas similares de un hombre inicialadas con la tinta de marcar de Bewley y Draper (las de ella lo estaban, a decir la verdad), si es que realmente lo amaban, eso es. Si me amas ama mi camisa sucia. Sin embargo, sintiéndose molesto en ese momento, más deseaba la ausencia de esa mujer que su compañía, de manera que experimentó un genuino alivio cuando el patrón le hizo una grosera señal para que se fuera. Por encima del *Evening Telegraph* alcanzó a divisar su cara con una especie de demente mueca burlona vidriosa en que se veía que no estaba en sus cabales mirando con evidente regocijo hacia el grupo de mirones que se había juntado alrededor del pecho náutico del navegante Murphy y luego no se la vió más.

—El cañonero —dijo el patrón.

—Me asombra —el señor Bloom confió a Esteban—, hablo desde el punto de vista médico, que una criatura detestable como ésa que sale del Hospital de Venéreas consumando infecciones, pueda ser lo suficientemente descarada como para andar buscando, o que hombre alguno en uso de razón, si tiene el mínimo aprecio por su salud. ¡Infortunada criatura! Naturalmente, supongo que algún hombre es responsable, en última instancia, de su estado. Sin embargo, sea cual fuere la causa...

Esteban no la había advertido y se encogió de hombros, observando simplemente:

—En este país la gente vende mucho más de lo que ella ha vendido jamás y hace un excelente negocio. No temas a los que venden el cuerpo careciendo de poder para comprar el alma. Ella es una mala comerciante. Compra caro y vende barato.

El más viejo de los dos, que de ninguna manera tenía nada que lo hiciera parecerse a una solterona o a una mojigata, dijo que no era nada menos que un escándalo atroz con el que había que terminar al *instanter* decir que una mujer de esa estampa (completamente aparte de cualquier remilgo de solterona al respecto), un mal necesario sin duda, no estuviera sujeta a permiso y a ser revisada médicamente por las autoridades adecuadas. Cosa de la cual él podía afirmar con toda sinceridad que como un *pater familias* era un firme defensor desde el principio. Quienquiera que se empeñara en una política de tal naturaleza, dijo, y ventilara el asunto completamente conferiría una duradera dádiva a todos los interesados.

—Usted, como buen católico —observó—, que habla del alma y del cuerpo, cree en el alma. ¿O se refiere usted a la inteligencia, al poder del cerebro en tal sentido, como a algo distinto de todo objeto exterior, la mesa, digamos, esa taza? Yo creo en eso porque ha sido explicado como las circunvoluciones de la materia gris,

por hombres competentes. De otro modo nunca hubiéramos tenido inventos como los rayos X, por ejemplo. ¿Qué opina usted?

Acorralado de esta manera, Esteban tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano de memoria para poner en orden sus ideas, concentrarse y recordar antes de poder contestar:

—Me dicen de buena fuente que es una sustancia simple y por lo tanto incorruptible. Creo que sería inmortal, si no fuera porque existe la posibilidad de su aniquilación por su Causa Primera, la cual, por lo que he podido oír, tiene poder para agregarla a la suma de sus evidentes astracanadas, *corruptio per se y corruptio per accidens,* estando ambos exentos de la etiqueta cortesana.

El señor Bloom se adhirió sin reservas, en su aspecto absoluto, a lo sustancial de esto, aun cuando la sutileza espiritual que involucraba escapaba un tanto a su entendimiento sublunar, no obstante lo cual se creyó obligado a dejar constancia de sus puntos de vista con respecto a la expresión de la palabra simple, replicando rápidamente:

—¿Simple! No me atrevería a decir que sea ésa la palabra adecuada. Naturalmente, convengo con usted, para conceder un punto en que uno tropieza con un espíritu simple en muy raras ocasiones. Pero a lo que me interesaría llegar es a algo; inventar, por ejemplo, los rayos que Röntgen inventó, o el telescopio, como Édison, aunque yo creo que fué antes de su época; Galileo era el hombre a que quería referirme. Lo mismo se aplica a las leyes, por ejemplo, de un trascendental fenómeno natural tal como el de la electricidad, pero es harina de otro costal, es decir que uno cree en la existencia de un Dios sobrenatural.

—¡Oh!, es que eso —postuló Esteban— ha sido probado concluyentemente en varios de los pasajes más conocidos de las Sagradas Escrituras, aparte la evidencia circunstancial.

Al llegar, sin embargo, a este escabroso punto, y debido a ser ambos como dos polos opuestos, tanto en lo que a instrucción se refiere como a todo lo demás, y debido a la diferencia de sus respectivas edades, chocaron.

—¿Lo ha sido? —objetó el más experimentado de los dos, aferrándose a su punto de vista original—. No estoy seguro del todo. Ahí se trata de la opinión de cada cual, y, sin querer entrar en el aspecto sectario del asunto, me permito diferir con usted al respecto *in toto*. Mi opinión es, para decirle la sincera verdad, que esos trozos fueron genuinas falsificaciones metidas allí, muy probablemente, por monjes, o se trata de la misma cuestión de nuestro poeta nacional que se plantea quién es otra vez el que las escribió, como *Hamlet* y Bacon; pero como usted conoce a su Shake-

speare infinitamente mejor que yo, naturalmente no tengo necesidad de decírselo. ¿No puede tomarse ese café, entre paréntesis? Permítame que se lo revuelva y tome un trozo de ese bollo. Es como uno de los ladrillos de nuestro marino disfrazado. Con todo, nadie puede dar lo que no tiene. Pruebe un poco.

—No podría —alcanzó a decir Esteban esforzándose, pues sus órganos mentales se rehusaban por el momento a dictarle más.

Ya que la crítica demostraba ser proverbialmente estéril, el señor Bloom creyó conveniente revolver, o tratar de revolver, el azúcar grumoso del fondo y reflexionó con algo de acritud sobre el Coffee Palace y su temperante (y lucrativo) trabajo. Con seguridad que el objetivo era loable y fuera de toda discusión que hacía un mundo de bien. Refugios como ése en que se encontraban, estaban basados en principios de abstinencia para vagabundos de noche, conciertos, veladas dramáticas y conferencias útiles (entrada libre) por sabios al alcance de la mentalidad popular. Por otra parte, él tenía un recuerdo claro y preciso de la actuación de su esposa Madam Marion Tweedy, y el trato que había recibido cuando ocupó un lugar destacado en cierta época, una remuneración en verdad modesta por atender el piano. En resumen, se sentía muy inclinado a creer, el objetivo era hacer el bien y sacar una buena ganancia, no habiendo competencia de que hablar. Veneno de sulfato de cobre, SO_4, o algo en algunos guisantes viejos de que él recordaba haber leído en un bodegón barato de alguna parte, pero no se podía acordar cuándo o dónde. De cualquier modo, la inspección, inspección médica, de todos los comestibles, le parecía a él más necesaria que nunca, a lo que probablemente se debía la boga de la Vi-Cocoa del Dr. Tibble, teniendo en cuenta el análisis médico involucrado.

—Métale ahora —se aventuró a decir refiriéndose al café que acababa de revolver.

Inducido de este modo a probarlo por lo menos, Esteban levantó el pesado pocillo que contenía un encharcamiento de castaña —que hizo clop al ser levantado— tomándolo por el asa y apuró un sorbo del ofensivo brebaje.

—Sin embargo, es alimento sólido —arguyó su buena voluntad—. Yo soy un adepto del alimento sólido, y no por la única razón de la glotonería en lo más mínimo, sino porque las comidas regulares son el *sine qua non* de cualquier clase de trabajo bien hecho, ya sea mental o manual. Usted tendría que comer más alimentos sólidos. Se sentiría otro hombre.

—Puedo tomar líquidos —dijo Esteban—. Pero hágame el favor de hacer a un lado ese cuchillo. No le puedo mirar la punta. Me recuerda la historia romana.

El señor Bloom procedió en seguida en la forma sugerida y retiró el objeto incriminado, un cuchillo romo ordinario con mango de asta que no tenía nada particularmente romano o antiguo como para llamar la atención, observando, de paso, que la punta era por cierto el punto menos saliente.

—Los cuentos de nuestro común amigo son como él —observó el señor Bloom a su *confidante sotto vocce a propos* de cuchillos—. ¿Cree usted que son genuinos? Podría contar esos cuentos increíbles toda la noche, durante horas y horas, y quedarse tranquilo como unos botines viejos. Mírelo.

Sin embargo, a pesar de que sus ojos estaban brumosos de sueño y de aire de mar, la vida estaba llena de multitud de cosas y de coincidencias de una naturaleza terrible y aparecía como algo que se hallaba completamente dentro de los límites de lo posible que no se tratara enteramente de una fábula, aunque al primer golpe de vista no había muchas probabilidades inherentes de que todo el resuello que se sacaba del pecho fuese la estricta y palmaria verdad.

Entre tanto había estado haciendo un inventario del individuo que tenía frente a él, Sherlockholmeándolo desde que le puso los ojos encima. Aunque se trataba de un hombre conservado y de gran vigor, si bien un tanto propenso a la calvicie, había algo falso en el corte de su joroba que sugería una salida de la cárcel y no se requería ningún esfuerzo violento de la imaginación para asociar semejante espécimen horripilante con la fraternidad de la estopa y la rueda del lisiado. Él hasta podría haber hecho con este hombre, suponiendo que era su propio caso el que contaba, lo que la gente a menudo hacía con otros; a saber, que él mismo lo hubiera matado y hubiera cumplido sus buenos cuatro o cinco años en una lamentable prisión, para no mencionar a ese personaje llamado Antonio (que nada tiene que ver con el personaje dramático del mismo nombre surgido de la pluma de nuestro poeta nacional) que expió sus crímenes en las melodramáticas circunstancias antes descriptas. Podría ser, por otra parte, que no se tratara más que de desplantes muy perdonables en el presente caso, al hallarse frente a esas caras de badulaques de algunos residentes de Dublín, como esos cocheros que esperan noticias del extranjero, lo que tentaría a cualquier viejo marinero después de haber recorrido los siete mares a exagerar respecto a la goleta *Hesperus* y etcétera. Y dígase lo que se diga, las mentiras que un tipo diga de sí mismo no pueden nunca competir con las más abundantes y fantásticas que otros tipos inventan a su respecto.

—Observe que no estoy diciendo que todo sea pura invención —prosiguió—. A veces, por no decir a menudo, uno se en-

cuentra ante espectáculos como ésos. Existen los gigantes, pero es muy raro tropezar con ellos. Marcela, la reina pigmea. Entre esas figuras de cera de la calle Henry yo mismo vi algunos aztecas, como se los llama, sentados sobre sus talones. No existiría manera de hacerles enderezar las piernas, porque los músculos de aquí, ¿ve? —y al hablar diseñó un breve perfil contra la espalda de las rodillas de su compañero en el lugar que ocupan los tendones—, esos tendones, nervios, o como usted quiera llamarlos, eran absolutamente impotentes debido al tiempo larguísimo que se pasaron sentados de esa manera y siendo adorados como dioses en esa postura. Éste es un ejemplo más de almas simples.

Sin embargo, volviendo al amigo Simbad y sus horripilantes aventuras (quien le hacía recordar un poquito a Ludwig, *alias* Ledwidge, que ocupaba las carteleras del Gaiety cuando Michael Gunn formaba parte de la dirección de *El Holandés Volador,* éxito estruendoso; y las huestes de admiradores venían en grandes cantidades, rompiéndose para escucharlo, aunque los barcos de cualquier clase, fantasmas o no, tenían generalmente poco éxito sobre el escenario, lo mismo que ocurría con los trenes), no había en el fondo nada que fuese intrínsecamente incompatible en lo fundamental, concedió. Al contrario, la puñalada en la espalda guardaba un perfecto acuerdo característico con los protagonistas italianos, aun cuando sinceramente no había ninguna razón que impidiera admitir que esos heladeros y vendedores de frituras de pescados, para no mencionar los de papas fritas y demás de la Italia chica de allí, cerca del Coombe, eran tipos sobrios, rudos trabajadores y de hábitos de ahorro, excepto quizá un poco dados a la lucrativa cacería del inofensivo ajeno felino, mediante la persecución nocturna, para disponer de un suculento cocido con el ajo de *rigueur* proveniente de él o de ella al siguiente día con todo recatado recogimiento y, agregó, muy económicamente.

—Los españoles, por ejemplo —continuó—, son temperamentos apasionadísimos, impetuosos como el diablo, dados a hacerse justicia por sus propias manos y a darle a uno el golpe de gracia a tambor batiente con esos poignards que llevan en el abdomen. Proviene del gran calor, de su clima en general. Mi esposa es, por así decirlo, española; es decir, a medias. En realidad, ella podría reivindicar su nacionalidad española si lo quisiera, habiendo nacido (técnicamente) en España; o sea, en Gibraltar. Tiene el tipo español. Muy trigueña, una verdadera morocha, de cabellera negra. Yo, por lo menos, creo que el clima explica el carácter.

Por tal razón le pregunté a usted si escribía sus poesías en italiano.

—Los temperamentos de la puerta —interrumpió Esteban— estaban muy apasionados por diez chelines, *Roberto ruba roba sua.*

—Así es —convino el señor Bloom.

—Después de todo —dijo Esteban mirando fijo y como si hablara para sí mismo o para algún oyente misterioso que lo anduviera escuchando por ahí—, tenemos la impetuosidad de Dante y el triángulo isósceles, la señorita Portarini, de que él se enamoró; Leonardo y Santo Tommaso Mastino.

—Está en la sangre —asintió al punto el señor Bloom—. Todos se bañan en la sangre del sol. ¡Qué coincidencia! Casualmente estuve hoy en el Museo de Kildare Street, un poco antes de nuestro encuentro, si así puedo llamarlo, y justamente miraba esas estatuas antiguas que allí se encuentran. Las espléndidas proporciones de las caderas, del pecho. Ciertamente, uno no tropieza con esa clase de mujeres por aquí. Excepcionalmente, alguna. Damos con algunas lindas en cierta forma, tal vez hermosas, pero a lo que yo me refiero es a la forma femenina. Además, la mayoría tiene bien poco gusto para vestirse, y el vestido es lo que puede realzar, a la verdad, la belleza natural de una mujer, dígase lo que se diga. Medias arrugadas —puede ser, probablemente lo sea—, una flaqueza mía; pero, sin embargo, es algo que detesto de todo corazón.

Sin embargo, el interés de la conversación decaía por todas partes, y los otros siguieron hablando de accidentes en el mar, de barcos perdidos en la niebla, de choques con icebergs y demás cosas por el estilo. ¡Ah!, del barco tenía que decir lo suyo. Había doblado el Cabo unas cuantas veces y aguantado un monzón, una suerte de viento, en los mares de la China, y a través de todos estos peligros de las profundidades había una cosa, declaró, que no lo había abandonado o, dicho en otras palabras, poseía una medalla piadosa que lo salvaba siempre.

Luego la conversación anduvo a la deriva hasta que se fijó en el naufragio de la roca de Daunt, el naufragio de esa infortunada barcaza noruega —nadie podía acordarse de su nombre en ese momento, hasta que el cochero, que verdaderamente se parecía mucho a Henry Campbell, lo recordó: *Palme*—, sobre la costa de Booterstown, que fué el tema de las conversaciones de la ciudad ese año (Alberto Guillermo Quill compuso una hermosa pieza de circunstancias con versos de positivos méritos sobre el tema para el *Times* irlandés); las olas rompían sobre ella a la carrera y multitudes y multitudes en la orilla eran presa de una conmoción de petrificado horror. Entonces alguien dijo algo acer-

ca del caso del vapor *Lady Cairns* de Swansea, chocado por el *Mona,* que venía en dirección contraria, entre la niebla, con un tiempo más bien sofocante y que se perdió con todo el equipaje a bordo. No se le prestó auxilio. Su capitán, el del *Mona,* dijo que había temido que su estructura cediera. Pero no alcanzó a hacer agua, parece, en su bodega.

A esta altura tuvo lugar un incidente. Debiendo aflojar un rizo, el marinero abandonó su asiento.

—Déjame cruzar tus proas, piloto —dijo a su vecino, que se estaba abandonando en un pacífico sopor.

Se desplazó con lentitud, pesadamente, con movimiento ensoñado, hacia la puerta; bajó con pesadez el único escalón que había delante del refugio y se alejó por la izquierda. Mientras se detenía buscando de orientarse, el señor Bloom, que había notado, cuando aquél se puso de pie, que llevaba sobresaliendo de sus bolsillos dos botellas de ron destinadas evidentemente a la extinción de su ardiente fuego interior, lo vió sacar una botella y destaparla o descorcharla, y aplicando su gollete a los labios, tomar un buen viejo delicioso trago de ella con un ruido gorgoteante. El incorregible Bloom, que también tenía una solapada sospecha de que el viejo caballo salía de maniobras detrás de la atracción contraria en forma de mujer, la cual, sin embargo, había desaparecido por completo, pudo, esforzándose, percibirlo, habiéndose refrescado debidamente con su ataque a la pipa de ron, mirando hacia la parte alta de los muebles y traviesas del Loop Line, más bien fuera de sus alcances, ya que naturalmente todo había cambiado y mejorado radical y notablemente desde su última visita. Alguna persona o personas invisibles lo dirigieron hacia el mingitorio para hombres que para el servicio de ese radio fuera erigido por el Comité de Limpieza con tal propósito; pero, después de un breve espacio de tiempo, durante el cual el silencio reinó soberano, el marinero, evidentemente apartándose de ese dispositivo, se aligeró muy cerca, y el ruido de su agua de sentina repiqueteó por un poco de subsiguiente tiempo sobre el suelo, despertando evidentemente a un caballo de la fila de coches de alquiler.

Un casco cavó de todos modos buscando nueva posición después del sueño y el arnés tintineó. Ligeramente inquietado en su garita de centinela, al lado del brasero de brasas de coque, el sereno de la corporación, que, aunque arruinado ahora y en franca desintegración, no era otro atendiendo a la triste realidad que el Gumley antes mencionado, que ahora prácticamente dependía de la contribución de la parroquia, debiéndose su empleo a los dictados humanitarios de Pat Tobin, según toda humana probabi-

lidad, quien lo conocía de antes, se revolvió y restregó en su garita antes de inmovilizar otra vez sus miembros en brazos de Morfeo. Una muestra realmente asombrosa de mala suerte en su forma más virulenta contenida en un tipo con las más respetables relaciones y familiarizado con decentes comodidades de hogar toda su vida que había heredado una renta de 100 libras esterlinas contantes y sonantes por año, la cual este soberano asno derrochó a los cuatro vientos. Y allí estaba al final del espinel después de ir de parranda en parranda, sin un miserable cobre encima. Él bebía, no hace falta decirlo, poniendo una vez más en evidencia la moraleja según la cual podría hoy tener el "control" de grandes empresas —bastante grandes en realidad— si se hubiera sabido curar de su debilidad particular.

Los demás, mientras tanto, se ocupaban en lamentar la mengua de la marina mercante irlandesa, tanto de cabotaje como exterior, lo que era todo uña y carne de la misma cosa. Un solo bote Palgrave Murphy había salido de los astilleros de Alexandre, única botadura de ese año. No faltaban puertos, pero los barcos brillaban por su ausencia.

Había naufragios y más naufragios, dijo el patrón, que evidentemente se hallaba *au fait.*

Lo que le agradaría saber era por qué ese barco había chocado contra la única roca de la Bahía de Galway cuando el proyecto del puerto de Galway fué discutido por un señor Worthington o algo así, ¿eh? Pregúntenle al capitán, les aconsejó, de cuánto fué la untada que le dió el gobierno por el trabajo de ese día. Capitán Juan Lever de la línea Lever.

—¿No tengo razón, capitán? —inquirió del marinero que ahora volvía después de haber cumplido su trago privado y con el resto de sus diligencias.

Ese benemérito, que alcanzó el discurso por la cola, gruñó una música discutible, pero con gran energía, algo así como una especie de sonsonete en segundos o terceros. Los agudos oídos del señor Bloom le oyeran expectorar probablemnte un carozo (lo que fuera), de modo que lo había de haber alojado por un momento en su puño mientras hacía los trabajos de beber y orinar y lo encontró un poco desabrido después del fuego líquido en cuestión. De todos modos, ahí entró después de su feliz libación —*cum*— potación, introduciendo una atmósfera de bebida en la *soirée,* canturreando ruidosamente, como un verdadero hijo de cocinero de mar:

—Las galletas eran duras como el bronce
y el bife tan salado como el culo de la mujer de Lot

¡*Oh Johnny Lever*!
¡*Johnny Lever, oh*!

Después de cuya efusión el formidable ejemplar entró decididamente en escena y, recuperando su asiento, se hundió más bien que se sentó sobre el banco destinado a sostenerlo.

Piel-de-Cabrón, dando por sentado que fuera él, estaba pregonando, evidentemente con algún fin interesado, sus motivos de queja en una filípica de violencia afectada tocante a las riquezas naturales de Irlanda, o algo así, la que él describió en su prolongada disertación como el país más rico de la creación, sin excluir a ninguno sobre la faz de la tierra, muy superior en todo a Inglaterra, con sus enormes reservas de carbón, sus seis millones de libras de cerdo exportadas anualmente, sus diez millones de libras entre manteca y huevos y todas las riquezas que le extraía Inglaterra, que la tenía cargada de impuestos y tributos que la gente pobre pagaba en una sangría continua, llevándose y engullendo la mejor carne del mercado, y una corriente continua de riquezas en la misma forma. La conversación a este respecto se generalizó y todos convinieron en la verdad de estos hechos. Todo lo que pueda cultivarse en el mundo prende en el suelo irlandés, afirmó, y ahí estaba el coronel Everard en Cavan cultivando tabaco. ¿Dónde podría encontrarse en parte alguna algo igual al tocino irlandés? Pero un día de rendición de cuentas, afirmó *crescendo* con no insegura voz —monopolizando completamente toda la conversación—, aguardaba a la poderosa Inglaterra, a pesar de todo el poder de sus riquezas provenientes de sus crímenes. Habría una caída, la mayor caída de la historia. Los alemanes y los japoneses tendrían algo que ver en el asunto. Los boers eran el principio del fin. La brumosa gema de Inglaterra estaba ya viniéndose abajo y su ruina sería Irlanda, su talón de Aquiles, lo que él les explicó acerca del punto vulnerable de Aquiles, el héroe griego; un punto que sus oyentes comprendieron en seguida, ya que él tenía en un puño su atención mostrándoles el tendón a que se hacía referencia sobre su botín. Su consejo a todo irlandés era: permanece en la tierra de tu nacimiento y trabaja para Irlanda y vive para Irlanda. Irlanda, dijo Parnell, no puede prescindir de uno solo de sus hijos.

Un silencio general señaló la terminación de su *finale*. El imperturbable navegante había escuchado estas noticias animosamente.

—Para eso, patrón —respondió un tanto disgustado por la precedente peregrullada ese pedazo de diamante en bruto—, se necesita un poco de acción.

A cuya fría ducha respecto a la caída y demás, el patrón convino; pero, sin embargo, se atuvo a su principal punto de vista.

—¿Quiénes son la mejor tropa del ejército? —interrogó airadamente el viejo veterano tordillo—. ¿Y los mejores saltadores y corredores? ¿Y los mejores almirantes y generales que tenemos? Díganme eso.

—Los irlandeses, sin disputa —replicó el auriga parecido a Campbell, defectos faciales a un lado.

—Así es —corroboró el viejo marinero—. El paisano irlandés católico. Es la columna vertebral de nuestro imperio. ¿Conocen a Jem Mullins?

Aunque tolerándole sus opiniones personales, como se las toleraría a cualquier otro, el patrón añadió que a él no le importaba de ningún imperio, ni nuestro o de él, y no consideraba que valiera el pan que comía cualquier irlandés que lo sirviera. Entonces empezaron a tener unas cuantas palabras coléricas, y se pusieron violentísimos, apelando ambos, de más está decirlo, a la opinión de sus oyentes, que seguían este cruce de comas con interés siempre que no llegaran a las injurias y al terreno de los hechos.

Debido a su información personal recogida durante muchos años, el señor Bloom estaba más bien inclinado a colocar la sugestión en la categoría de estupendo disparate porque, independientemente de los deseos más o menos fervientes de unos u otros, estaba perfectamente al tanto del hecho de que los vecinos del otro lado del canal, a menos de que fueran mucho más tontos de lo que él los consideraba, más bien ocultaban su fuerza antes que alardeaban de ella. Era una idea que corría parejas con la de que en un millón de años los yacimientos de carbón de la isla hermana quedarían agotados, y si en el transcurso del tiempo esa suposición llegara a ser una realidad, lo que él podía decir personalmente al respecto era que una multitud de contingencias igualmente relativas al tema podían ocurrir antes, por lo que era muy aconsejable tratar de sacar en el ínterin el mejor partido de ambos países, aun cuando fuesen antagónicos. Otro pequeño punto interesante, los amores de prostitutas y rufianes, para decirlo en lenguaje corriente, le hacía recordar que los soldados irlandeses habían peleado tan a menudo por Inglaterra como contra ella, más de esta última manera, en realidad. Y ahora, ¿por qué? Así la escena entre el par de ellos, el concesionario del establecimiento, del que se murmuraba que era o había sido Fitzharris, el famoso Invencible, y el otro, evidentemente espurio, le hacía pensar con honda convicción que andaban metidos con las cuatro patas en un arreglo confidencial: es decir, en algo que estuviera previamente convenido, siendo él, espectador, profundo psicólogo

del alma humana si los hay, mientras que los demás no estaban en condiciones de ver el juego. Y en lo que respecta al arrendatario o usufructuador, quien con toda probabilidad no era en absoluto la otra persona, él (Bloom) no podía dejar de pensar, con evidente razón, que era mejor dar el esquinazo a gente de esa clase, a menos que uno fuera un alegre pajarón en toda la regla, rehusando tener ninguna relación con ellos, adoptada esa actitud como norma de oro en la vida privada, pues existía siempre la probabilidad de una rendición de cuentas con los traidores y que viniera un Dannymann y presentara evidencia de la reina —o del rey ahora— como Denis o Peter Carey, idea que él repudiaba profundamente. Apartándonos de todo eso, ninguna simpatía le inspiraban esas vocaciones dogmatizadas en la maldad y el crimen como principios. Por otro lado, sin embargo, aun cuando esas tendencias criminales nunca se habían cobijado en su pecho absolutamente en ninguna forma o manera, él sentía en verdad y no lo negaba (a pesar de seguir esencialmente siendo siempre él mismo) una cierta admiración por el hombre que había tenido el coraje de esgrimir un cuchillo, el frío acero, con el fuego de sus convicciones políticas, aunque, personalmente, él nunca sería capaz de semejantes cosas, bien emparentadas con esas *vendettas* de amor meridional —será mía o habrá puñaladas—, ocurriendo frecuentemente que el marido, después de tener la pareja un intercambio de palabras relativas a las relaciones con el otro afortunado mortal (habiendo el marido organizado su servicio de espionaje), infería heridas mortales a su adorada criatura como resultado de una *liaison* postnupcial hundiendo el cuchillo en el cuerpo de ella, y súbitamente se le ocurrió que Fitz, apodado Piel-de-Cabrón, no había hecho más que conducir simplemente el coche en que viajaban los auténticos perpetradores de la atrocidad, y entonces no era realmente, como había sido informado de fuente fidedigna, parte ejecutiva de la emboscada lo que constituyó, en realidad, la defensa con que alguna lumbrera legal le había salvado el pellejo. En todo caso, eso era ya historia antigua, y en cuanto a nuestro amigo, el seudo Piel-de-etcétera, había sobrevivido evidentemente a su celebridad. Tendría que haber muerto, bien en el patíbulo o bien de muerte natural. Como las actrices, que siempre se presentan por última vez —despedida definitiva, la última representación—, y luego vuelven a presentarse sonriendo como si nada. Absolutamente generoso, desbordante de temperamento, sin mezquinarse ni nada por el estilo, dejando siempre su presa en la sombra. De la misma manera tenía la aguda sospecha de que el señor Juancito Lever se había desprendido de algunas £. s. d. en el curso de sus deambulaciones por los mue-

lles en la simpática atmósfera de la taberna *La vieja Irlanda,* vuelve a Eirin, etcétera. Y luego, en cuanto a los otros se refiere, había escuchado no hacía mucho la misma jerga de iguales, idénticas cosas, y relató a Esteban cómo de un modo simple pero eficaz hizo callar a quien lo injuriaba.

—Estaba resentido por alguna causa —declaró esa persona injustamente injuriada, pero en general de apacible temperamento— que debe de habérseme escapado. Me llamó judío de una manera colérica y con tono agresivo. Entonces yo, sin desviarme en lo más mínimo de la verdad de los hechos, le dije que su Dios, quiero decir Cristo, era judío también, y toda su familia, como yo, aunque en realidad yo no lo soy. Eso era precisamente lo que necesitaba. Una respuesta amable ahuyenta la ira. Como todos vieron, nada pudo replicar. ¿No tengo razón?

Volvió una larga tú estás equivocado mirada sobre Esteban, de tímido orgullo oscuro por la suave acusación, contaminada también de un destello de súplica, pues él parecía, a su vez, tener como un lejano relucir de lo que en cierta manera le parecía no ser exactamente...

—*Ex quibus* —gruñó Esteban con acento evasivo, sus dos o cuatro ojos conversando—, *Christus* o Bloom es su nombre, o, después de todo, cualquier otro, *secundum carnem.*

—Naturalmente —procedió a precisar el señor Bloom—. hay que considerar los dos aspectos de la cuestión. Es difícil determinar leyes rígidas y rápidas relativas a lo que está bien y a lo que está mal; pero, indudablemente, hay mucho que hacer para conseguir perfeccionarse, aunque todo país, como dicen, incluída nuestra desgraciada patria, tiene el gobierno que se merece. Pero con un poco de buena voluntad de todas partes. Está muy bien jactarse de mutua superioridad; pero, ¿qué hay de mutua igualdad? La violencia o la intolerancia me exasperan en cualquier forma o manera que se manifiesten. Eso no conduce a nada ni detiene nada. Una revolución debe producirse como en el sistema de pagos por cuotas. Es un absurdo que resalta a ojos vistas odiar a las gentes porque vivan a la vuelta de la esquina y hablan otro idioma vernáculo, por así decirlo.

—La estúpida memorable batalla del puente y la guerra de siete minutos —asintió Esteban—, entre el callejón de Skinnner y el mercado de Ormond.

—Sí —convino el señor Bloom avalando incondicionalmente la observación—; eso estaba abrumadoramente bien y todo el mundo abrumadoramente lleno de cosas de esa clase.

—Usted me acaba de sacar las palabras de la boca —dijo—

Un birlibirloque de pruebas antagónicas que sinceramente uno no podría ni remotamente...

En su humilde opinión, todas esas desdichadas peleas despiertan una excitación —desarrollo de una protuberancia combativa o de cierta glándula, erróneamente atribuída a puntillos de honor o de banderas— que a la larga no es más que principalmente un asunto del asunto del dinero que estaba detrás de todo, la codicia y los celos, sin que la gente sepa detenerse nunca.

—Ellos acusan —observó en voz alta. Se alejó de los otros, que probablemente... y habló más cerca de, de modo que el otro... en caso de que ellos...

—Los judíos —depuso suavemente al oído de Esteban en un aparte— son acusados de arruinadores. Puedo afirmar con toda seguridad que en eso no hay nada de verdad. La historia —¿le sorprendería a usted saberlo?— prueba hasta la empuñadura que España decayó cuando la Inquisición lanzó las jaurías contra los judíos e Inglaterra prosperó cuando Cromwell, un rufián excepcionalmente hábil, los importó. ¿Por qué? Porque tienen un excepcional sentido práctico plenamente demostrado. No quiero incurrir en... porque usted conoce todo lo que de cierta importancia se haya escrito al respecto, y además, ortodoxo como es usted... Pero, sin tocar a la religión, soberanía, el sacerdote significa pobreza. Volviendo a España, usted vió durante la guerra que América se le aventaja. En lo que respecta a los turcos, se trata de un dogma. Porque si no fuese porque creen que al morir van derecho al cielo tratarían de comportarse mejor en esta vida —por lo menos así me parece. Ésa es la impostura de que se valen los curas párrocos para levantar atmósfera con falsos pretextos. Yo soy tan buen irlandés —dijo patéticamente— como ese energúmeno de que le hablé al principio y quisiera ver a todo el mundo, incluídas todas las razas y credos a prorrata, disponiendo de una razonable renta, de ninguna manera mezquina, algo que estuviera alrededor de las trescientas libras anuales. Se trata de un problema de vital importancia, y de su resolución derivarían relaciones amistosas y estimulantes entre hombre y hombre. Por lo menos ésa es mi idea, que expongo por lo que vale. A eso es a lo que yo llamo patriotismo. *Ubi patria,* de eso nos dieron un pequeño barniz en la enseñanza de *Alma Mater, vita bene.* Donde se puede vivir bien, el sentido lo dice, si uno trabaja.

Frente a su taza de lamentable proyecto de café intransitable, Esteban escuchaba esta sinopsis heterogénea sin fijar la vista en nada determinado. Podía oír, naturalmente, todas esas palabras cambiantes de color como los cangrejos mañaneros del Ringsend que rápidamente se hunden en todas las gamas de color de la

arena donde parecen tener sus casas, por la arena o por debajo de ella. Después levantó la vista y vió los ojos que decían o no decían las palabras de la voz que él oyó que decía: si uno trabaja.

—No cuente conmigo —consiguió señalar, refiriéndose al trabajo.

Los ojos se sorprendieron ante esta observación, porque él, la persona que los poseía *pro tempore*, observó, o más bien, lo hizo hablando su voz: Todos deben trabajar; tienen que hacerlo, juntos.

—Me refiero, naturalmente —el otro se apresuró a afirmar—, al trabajo en su acepción más amplia. También la labor literaria, no simplemente por la gloria. Escribiendo para los diarios, que es el canal más directo hoy en día. Eso es un trabajo también. Trabajo importante. Después de todo, por lo poco que sé de usted, después de todo el dinero gastado en su educación, tiene derecho a desquitarse e imponer su precio. Tanto derecho tiene usted a vivir de su pluma en el ejercicio de la filosofía como por ejemplo el campesino... ¿Qué? Ambos pertenecéis a Irlanda, el cerebro y la fuerza muscular. El uno es tan importante como el otro.

—Usted sospecha —replicó Esteban con una suerte de semirrisa— que yo puedo ser importante porque pertenezco al *faubourg Saint Patrice*, llamado Irlanda para abreviar.

—Yo iría un paso más adelante —insinuó el señor Bloom.

—Pero yo sospecho —interrumpió Esteban— que Irlanda debe de ser importante porque me pertenece.

—¿Qué es lo que le pertenece? —inquirió el señor Bloom inclinándose, imaginando que quizá había entendido mal—. Discúlpeme. Desgraciadamente, no oí la última parte. ¿Qué fué lo que usted...?

Evidentemente molesto, Esteban empujó a un lado su pocillo de café o de lo que se quiera con poca cortesía, agregando:

—No podemos cambiar de país. Cambiemos de tema.

Ante tal sugestión, el señor Bloom, para cambiar de tema, bajó la vista, pero con perplejidad, ya que no habría podido decir qué interpretación debía darse a ese me pertenece que más bien le sonaba como un ex abrupto. Lo que había más claro era algo así como un reproche de alguna clase. No hacía falta decirlo, los vapores de su reciente orgía hablaban en ese momento con alguna aspereza, en una curiosa forma amarga, extraña a su modo de ser hallándose despejado. También podría ser que la vida en el hogar, a la que el señor Bloom atribuía máxima importancia, no hubiera sido para él todo lo que debe ser o que tuviera familiaridad con gente de la clase educada. Con un dejo de inquietud por el joven sentado cerca de él y a quien escrutaba furtivamente con cierto

aire de consternación al recordar que acababa de volver de París, cuyos ojos muy particularmente le evocaban tenazmente al padre y a la hermana, fracasando sin embargo en la empresa de arrojar luz sobre el asunto, recordó casos de sujetos cultos que habían hecho abrigar brillantes esperanzas y que habíanse tronchado en pleno brote bajo el prematuro decaimiento, sin que pudiera culparse a nadie más que a ellos mismos. Como ejemplo ahí estaba el caso de O'Callaghan, que era uno de ellos, medio loco, detonante, de buena familia pero escaso de recursos, con sus extravagancias de insano que, convertido ya en un desperdicio y en un verdadero motivo de fastidio para todo el mundo, no encontró nada mejor que ostentar públicamente un traje de papel de embalaje (verídico). Y luego, como *dénouement* obligado, siguiendo a sus descabellados y furiosos desafueros, terminaba en un verdadero desastre y algunos amigos tenían que ir a rescatarlo, después de una reprimenda que caía en el vacío, de parte de Juan Mallon, del Lower Castle Yard, conminándolo a no hacerse pasible de la aplicación del artículo dos de la Ley de Enmienda Criminal, ciertos nombres de esos comparendos siendo mencionados pero no divulgados, por razones que se le ocurren a cualquiera que tenga dos dedos de frente. Para abreviar, cada cosa en su sitio, seis dieciséis, a lo que él categóricamente hacía oídos sordos, Antonio y etcétera, los jockeys, los estetas y el tatuaje que hacían furor alrededor del setenta, llegando hasta la Cámara de los Lores, porque desde temprano en la vida, el ocupante del trono, entonces heredero forzoso, los otros miembros de las clases privilegiadas y otros elevados personajes sin hacer más que seguir las huellas de la cabeza del Estado, él reflexionó respecto a los errores de espectables personajes y testas coronadas en franca contradicción con la moralidad, tal como el caso Cornwall varios años atrás aun cubriendo las apariencias pero en una forma escasamente concordante con los designios de la naturaleza, siendo la respetabilidad la señora Grundy, como lo establece la ley en franca inquina, aunque no por la razón a la que ellos lo atribuían, cualquiera que fuera, excepto las mujeres principalmente, que siempre estaban enredándose unas a otras cual más cual menos, tratándose principalmente de cuestiones de vestidos y todo lo demás. Las damas que gustaban de ropas interiores de estilo personal deberían, y todo hombre elegante tendría que hacerlo, buscando de agrandar la brecha entre ellos por insinuaciones indirectas, buscar la manera de dar un genuino estimulante a los actos indecorosos entre ambos sexos, desabrochando ella el de él y él el de ella desabrigándola, cuidado con el alfiler, mientras los salvajes en las islas de caníbales, digamos a noventa grados a la sombra, no se pre-

ocupan un pepino. Sin embargo, volviendo al punto de partida, hay otros que llegaron a la cumbre abriéndose paso a puro músculo. La sola fuerza del genio natural, nada más. Una cuestión de poner a trabajar la sesera, señores.

Por cuya y demás razones sintió que era de su interés y de su deber seguir perseverando y aprovechando aquella ocasión no provocada, aun cuando no estuviera en condiciones de decir por qué, estando, como era la realidad, ya con algunos chelines en desventaja, teniendo, verdaderamente, necesidad de prestarle él mismo para ello. Cultivar, sin embargo, las relaciones con alguien de calibre no común podría suministrarle valiosa materia para la reflexión, lo que compensaría con creces cualquier pequeño... El estímulo intelectual es, pensó, tomándolo de tiempo en tiempo, un tónico de primer orden para la mente. A lo cual se agregaba la coincidencia de su encuentro, la discusión, la danza, la pelea, el viejo lobo de mar del tipo hoy aquí y mañana quién sabe dónde, los merodeadores nocturnos, toda la galaxia de acontecimientos contribuía a mostrarle como en un camafeo una miniatura del mundo en que vivimos especialmente, ya que la vida de los trabajadores que forman las falanges sumergidas; a saber, los mineros de carbón, los buzos, los basureros, etc., que ya en los últimos tiempos se hallaban bajo el microscopio. Para sacar aún mayor partido de esa hora radiante, se preguntaba si no le sería posible encontrarse con algo que en suerte lo hiciera parecerse al señor Felipe Beaufoy tomándolo por escrito. Supongamos que pudiera escribir algo que se saliera de los caminos trillados (como pensaba realmente hacerlo) al precio de una guinea por columna, *mis observaciones*, digamos, *en un refugio de cocheros.*

Quiso el azar que *El Telégrafo,* edición rosa con los resultados completos de las carreras, el papel no se ruboriza, se hallara cerca de su codo, y mientras se devanaba los sesos de nuevo, lejos de darse por satisfecho respecto al enigma de un país que le perteneció y respecto al precedente jeroglífico, el barco venía de Bridgwater y la postal estaba dirigida a A. Boudin, hallar la edad del capitán, sus ojos pasaron distraídamente sobre los diversos encabezamientos que le concernían, particularmente a la abárcalotodo, danos hoy nuestras noticias de cada día. Al principio tuvo un pequeño sobresalto, pero resultó ser solamente algo acerca de alguien llamado H. de Boyes, agente de máquinas de escribir o algo por el estilo. Gran Batalla Tokio. Amores en Irlandés £ 200 de daños y perjuicios. Gordon Bennett. Carta de Su Alteza Guillermo ✠. *Billete* en el Ascot recuerda el Derby del 92, en que el caballo *Sir Hugo,* del capitán Marshall, resultó un verdadero bara-

cazo. El Desastre de Nueva York, Miles de Muertos. Aftosa. Exequias del señor Patricio Dignam.

Entonces, para cambiar de tema leyó acerca de Dignam, R. I. P., lo que, reflexionó, estaba muy lejos de constituir una salida alegre.

—*Esta mañana* (lo puso Hynes, naturalmente), *los restos del extinto señor Patricio Dignam fueron trasladados desde su residencia, Newbridge Avenue Nº 9, Sandymount, para ser inhumados en Glasnevin. El caballero desaparecido era una figura muy popular y simpática de nuestra ciudad, y su fallecimiento, triste desenlace de una breve enfermedad, ha repercutido dolorosamente entre los ciudadanos de todas las esferas sociales dejando una sombra de inconsolable pesar. Las exequias, en las que estuvieron presentes muchos amigos del extinto, estuvieron a cargo* (seguramente Hynes escribió esto con ayuda de Corny) *de los señores H. J. O'Neill e Hijo, 164 North Strand Road. Asistieron al duelo: Pat Dignam (hijo), Bernardo Corrigan (cuñado), Juan Enrique Menton, procurador; Martín Cunningham, Juan Power, comersobredph ⅛ ador dorador dour adora* (debe de ser aquí donde llamó a Monks el padre noticias por el aviso de Llavs), *Tomás Kernan, Simón Dedalus, Esteban Dedalus, B. A., Eduardo J. Lambert, Cornelio Kelleher, José M'C. Hynes, L. Boom, C. P. M'Coy, Impermeable y varios otros.*

Un poco irritado por ese *L. Boom* (como decía incorrectamente) y la línea empastelada, pero divertido simultáneamente por C. P. M'Coy y Esteban Dedalus B. A., que brillaron, es inútil decirlo, por su total ausencia (para no mencionar a Impermeable), L. Boom, seminervioso, lo señaló a su compañero B. A., ocupado en sofocar otro bostezo, abundando respecto a la chillona cosecha de erratas tipográficas.

—¿Está ahí esa primera epístola a los Hebreos? —preguntó tan pronto se lo permitió su mandíbula inferior—. Texto: abre la boca y mete la pata adentro.

—Sí, por cierto —dijo el señor Bloom (aunque al principio creyó que aludía al arzobispo, hasta que agregó lo de la boca y la pata, con lo que no podría haber relación posible), encantado de poder poner en reposo su espíritu y un poquito pasmado, después de todo, de que Myles Crawford hubiera arreglado las cosas así.

Mientras el otro leía eso en la página dos, Boom (para darle momentáneamente su nuevo nombre equivocado) distraía unos instantes de sosiego mirando el detalle del tercer acontecimiento en Ascot en la página tres, valor colateral de 1.000 soberanos y 3.000 soberanos adicionales en efectivo para potrillos y potrancas; 1.—

Billete del señor Alexander, cab. bayo por *Billetero,* 5 años, 130 libras, Thrale (por W. Lane) 2.—*Zinfandel,* de Lord Howard de Walden (por M. Cannon) 3.—*Cetro,* del señor W. Bass. Apuestas 5 a 4 sobre *Zinfandel,* 20 a 1 sobre *Billete* (dudoso). *Billete* y *Zinfandel* iban parejos. Nada podía anticiparse cuando el menos jugado del pelotón ganó terreno, tomando gran ventaja a los otros y dejando atrás al potro alazán de lord Howard de Walden y a *Cetro,* la potranca baya del señor W. Bass, sobre un recorrido de dos millas y media. El ganador fué entrenado por Braine, de modo que la versión de Lenehan sobre el acomodo no fué más que pura charla. Se clasificó primero por un cuerpo, 1.000 soberanos y 3.000 en efectivo. También corrió *Maximum II* de J. de Bremond (caballo francés acerca del que Bantam Lyons andaba averiguando datos con mucho interés desde hacía tiempo). Modos distintos de echar abajo una combinación. Son los sinsabores del amor. Aunque ese crudo de Lyons salió como escupida de músico para quedarse mirando la luna. Naturalmente, el juego se prestaba a las mil maravillas para esas combinaciones, aun cuando, por la forma como se presentaron las cosas, el pobre papanatas no tenía por qué alegrarse mucho de su elección, esperanza defraudada. En el fondo, no se trata más que de un juego de adivinanzas.

—Había muchas razones para pensar que ocurriría así —dijo el señor Boom.

—¿Quién? —inquirió el otro, cuya mano, entre paréntesis, estaba lastimada.

—Una mañana uno abrirá el diario —afirmó el cochero— y leerá *Retorno de Parnell.* Les apostaba lo que ellos querían. Un fusilero de Dublín que estuvo una noche en ese refugio dijo que lo había visto en Sudáfrica. Es el orgullo lo que lo mató. Él tendría que haberse eliminado o haber desaparecido por un tiempo después de la Asamblea del Comité Nº 15 hasta que se hubiera convertido en el mismo de antes sin que nadie tuviera que señalarlo con el dedo. Entonces todos habrían caído a sus plantas como un solo hombre para pedirle que volviese cuando hubiera recobrado sus sentidos. No estaba muerto. Sencillamente escondido en alguna parte. El ataúd que trajeron estaba lleno de piedras. Había cambiado de nombre y era De Wet, el general boer. Cometió un error al atacar a los curas. Y así sucesivamente y etcétera.

De cualquier manera Bloom (así apellidado en realidad) estaba bastante sorprendido ante los recuerdos de ellos porque en nueve casos de cada diez era un caso de barriles de alquitrán y no casos aislados, sino a millares, y después el olvido completo

porque eso se remontaba a veinte y tantos años atrás. Era muy improbable, como es natural, que hubiera la más mínima sombra de verdad en esos cuentos y, aun suponiendo que la hubiera, él consideraba que un retorno sería francamente deplorable, sobre todo teniendo en cuenta todos los aspectos de la cuestión. Evidentemente, había algo que los encolerizaba en esa muerte. Podría ser que hubiera desaparecido demasiado vulgarmente, víctima de una neumonía aguda, dejando a medio terminar sus diversos problemas políticos, o que se evidenciara que su muerte podía deberse a haber descuidado el cambio de los botines y las ropas después de una mojadura, de lo que resultó un enfriamiento, y habiendo dejado de consultar a un especialista, siendo confinado en su habitación hasta que eventualmente murió de resultas de él entre el profundo pesar, llegando a los estertores en menos de una quincena, o muy probablemente también tal vez ellos estuvieran afligidos por haberlos eludido antes de que pudieran ajustarle las cuentas. Naturalmente, no estando nadie al tanto de sus movimientos desde mucho antes, no existió absolutamente ningún indicio respecto a su paradero, que era decididamente parecido al tema de *Alicia: ¿dónde estás?,* lo que venía ya de la época en que él empezara a andar ocultándose bajo varios apodos, tales como Fox y Stewart, de modo que la observación que emanaba del amigo auriga bien podía estar dentro de los límites de lo posible. Se comprende que su espíritu se sintiera agobiado tratándose de un innato conductor de hombres, como indudablemente lo era, y figura dominante, seis pies, o en cualquier caso cinco pies diez u once pulgadas sobre sus pies descalzos, mientras que los señores Fulano y Zutano, quienes aun cuando no fueran ni siquiera una caricatura del hombre anterior, tenían en sus manos el gobernalle, hasta tratándose de personas muy poco recomendables. Esto ponía por cierto en vigor la moraleja del ídolo con pies de barro. Y luego setenta y dos de sus fieles secuaces volviéndose contra él, arrojándose barro recíprocamente. Y lo mismo ocurre con los asesinos. Hay que retornar —esa sensación obsesionante suerte que lo arrastra a uno— para demostrar al titular cómo se tiene el *rôle.* Él lo vió una vez en la auspiciosa ocasión en que empastelaron los tipos en el *Irreductible* o era *Irlanda Unida,* privilegio que él apreciaba profundamente y, para ser exactos, le alcanzó su sombrero de copa cuando se lo hicieron saltar y él dijo *gracias* excitado como indudablemente lo estaba bajo su frígida expresión a pesar del pequeño contratiempo mencionado entre la copa y el labio —es lo que se trae en la sangre. Con todo, en lo que respecta al retorno, uno resultaría un perro afortunado si no le lanzaran los perros apenas volviera. Luego seguiría una

buena conmoción. Tomás a favor y Ricardito y Enrique en contra. Y después, ante todo, uno se encuentra enfrentando al que ocupa el sitio y hay que presentar las credenciales, como el denunciante en el caso Tichborne, Roger Carlos Tichborne; *Bella* era el nombre del bote, si no recordaba mal, en que él, el heredero, se ahogó, como lo probaron los testimonios, y había también una marca de tatuaje en tinta china, Lord Bellew, ¿era así? Como él también podría haber recogido muy fácilmente los detalles de algún compañero a bordo del barco, y después, ya acomodado para coincidir con la descripción establecida, presentarse diciendo *Disculpen, mi nombre es Fulano de Tal*, o alguna observación trivial análoga. Habría sido más prudente, dijo el señor Bloom al evidentemente no excesivamente expansivo personaje distinguido en cuestión que se hallaba al lado de él, tantear ante todo el terreno.

—Le sirvió esa perra, esa prostituta inglesa —comentó el propietario de la taberna—. Ella le puso el primer clavo del cajón.

—Buen bocado de mujer, a pesar de todo —observó el *soi-dissant* secretario del ayuntamiento Enrique Campell— y abundante. He visto su retrato en una barbería. Su esposo era oficial o capitán.

—¡Ajá! —agregó, jocoso, Piel-de-Cabrón—, lo era, y de pacotilla.

Esta encantadora salida humorística produjo gran hilaridad entre el *entourage*. En lo que a Bloom se refiere, éste, sin que la más mínima sombra de sonrisa iluminara su semblante, se circunscribió a mirar en dirección a la puerta, reflexionando sobre el episodio histórico que a su debido tiempo había despertado extraordinario interés, pues los hechos trascendieron al público por las afectuosas cartas de rigor que se habían cruzado entre ellos y que estaban llenas de dulces naderías. De más está decir que al principio todo era estrictamente platónico, hasta que la naturaleza tomó cartas en el asunto y la pasión surgida entre ellos alcanzó un climax que convirtió el episodio en la comidilla de la ciudad, provocando el derrumbe la satisfacción de no pocos predispuestos en su contra, prontos a acentuar la caída, a pesar de que las cosas eran ya del dominio público, desde hacía tiempo, aun cuando sin los alcances de sensacionalismo subsiguientes. Sin embargo, teniendo en cuenta que sus nombres se pronunciaban juntos, y que él era reconocido como su amante preferido, ¿hubo alguna necesidad que justificara de modo especial ir pregonando a los cuatro vientos, a saber: que él había compartido el dormitorio de ella, lo que fué públicamente declarado bajo juramento por los testigos, en cuya ocasión un estremecimiento electrizó literalmente a todos los que se hallaban presentes en la

sala del tribunal, quienes declararon haberlo visto en tal y cual fecha determinada en el acto de salir apresuradamente y a hurtadillas de un departamento alto, con la ayuda de una escalera, vistiendo paños menores, habiendo logrado introducirse en iguales condiciones, de cuyo hecho los semanarios de tendencia sicalíptica sacaron gran provecho y se valieron del mismo para aumentar fantásticamente sus tiradas? Mientras que en realidad el mero hecho del caso era que no se trataba más que simplemente del caso de un marido que no estuvo a la altura de las circunstancias con nada de común entre ellos excepto el nombre y luego la llegada a escena del personaje verdadero, fuerte hasta los límites de la debilidad, rindiéndose a los encantos de la sirena y olvidando los lazos del hogar. Y la secuela obligada, refugiarse en la sonrisa del amado bien. El eterno problema de la vida conyugal, es innecesario decirlo, hizo su aparición. ¿Puede el verdadero amor, suponiendo que ocurra que hay otro en el asunto, existir entre gente casada? Aun cuando no era de su incumbencia en absoluto si él la miraba con el arrebatado afecto de una ola de locura. En realidad, él era un magnífico ejemplar viril obviamente superior por dones que podían calificarse con gran superioridad en relación al otro, que no era más que una figurilla con uniforme (tipo clásico de *adiós, mi capitán,* decididamente insignificante y trivial, perteneciente a la caballería ligera, al 18º de húsares para más exactitud), de temperamento decididamente inflamable (el líder caído, se entiende, no el otro), como modo de ser que le era peculiar; lo que ella, como es lógico suponer de su calidad de mujer, no tardó en descubrir y considerar como muy propicio para llegar de un golpe a la celebridad, cosa que él casi prometió hacer, hasta que todos a una, los sacerdotes y ministros de los evangelios, sus antiguos y fieles secuaces, y sus amados desalojados, por los cuales había librado una buena batalla en los más alejados distritos rurales, salieron en su defensa hasta un punto tal que sobrepasó sus más esperanzadas aspiraciones, dando el golpe de gracia a sus proyectos matrimoniales con las brasas ardientes que amontonaron sobre su cabeza en una forma muy semejante a la patada de burro de la fábula. Mirando ahora hacia atrás, en un orden retrospectivo, todo eso parece un sueño. Y el retorno era lo peor que pudiera imaginarse, porque era de sobreentender que uno se sentiría fuera de foco, ya que las cosas cambian con el tiempo. Toma, pensándolo bien, recordaba cómo Irishtown, una localidad en la que no había puesto las plantas por una buena cantidad de años, parecía diferente en cierto modo desde que, como aconteció, él fué a vivir en el costado norte. En fin, se tratara del norte o del sur, era siempre

la misma historia de una pura y simple devoradora pasión que arrasó con todo en el fuego de la venganza, y eso confirmaba lo que él estaba diciendo; ya que ella era española o algo así, naturalezas que no hacen las cosas a medias, en ese Mediodía apasionado en que toda decencia es arrojada al viento.

—Eso viene justamente a confirmar lo que yo acababa de decir —dijo a Esteban el de ardiente corazón—. Pues, o mucho me equivoco, o ella era también española.

—La hija del rey de España —contestó Esteban, agregando alguna cosa más bien confusa, algo de despedidas y adiós a ti, cebollas españolas y la primera tierra denominada el Deadman y desde Ramhead a Scilly era así y tantos...

—¿Es cierto? —exclamó Bloom sorprendido, pero de ninguna manera atónito—. Es la primera vez que lo oigo. Es posible, sin embargo; seguramente habrá sido allí, porque ella vivió en España.

Evitando cuidadosamente en su bolsillo el libro *Dulzuras del*, que, entre paréntesis, le hizo recordar otro libro de la biblioteca de Capel Street que tendría que haber devuelto, sacó su portamonedas y, hurgando en su contenido variado, finalmente...

—De paso —dijo eligiendo una fotografía descolorida que puso sobre la mesa—, ¿cree usted que es ése un tipo español?

Esteban, a quien es obvio que dirigía la palabra, bajó la vista a la fotografía en que se mostraba una dama abundante, de encantos carnales ampliamente evidenciados, su madurez femenina en plena florescencia y en un traje de noche ostentosamente escotado con el evidente objeto de ofrecer una liberal visión de los senos; sus carnosos labios entreabiertos y algunos dientes perfectos, de pie con estudiada pose cerca de un piano en el cual se veía la música de la balada *En el viejo Madrid*, hermosa en su categoría, que se hallaba de moda en ese entonces. Sus ojos (los de la dama) grandes y oscuros, miraban a Esteban, a punto de sonreír por algo digno de admirar: Lafayette, de Westmoreland Street, primer artista fotógrafo de Dublín, a quien se debía la estudiada ejecución.

—La señora Bloom, madama Marion Tweedy, mi esposa, la *prima donna* —indicó Bloom—. Obtenida hace unos años. En el noventa y seis o algo así. Muy parecida a ella en ese entonces.

Al lado del joven, él miraba también la fotografía de la dama, ahora su esposa legal, la cual, le confió, era la bien dotada hija del comandante Brian T. Tweedy, que desde muy temprana edad había evidenciado notable habilidad para el canto y había aparecido en público cuando sus años sumaban dieciséis apenas. En lo que se refiere al rostro, era tan parecido como si estuviera

hablando, cosa que no podía afirmarse del conjunto de la figura, que llamaba la atención en todas partes y que no había salido favorecida en esa toma. Podía haberse elegido ventajosamente una pose en que luciera mejor el conjunto, sin destacar con tanta preferencia ciertas curvas opulentas de... Se explayó, ya que a ratos perdidos él era un poco artista, respecto al mental desarrollo de la forma femenina en general, porque justamente esa tarde sin ir más lejos había visto esas estatuas griegas en el Museo Nacional, perfectamente desarrolladas como obras de arte. Nada como el mármol para dar al original, hombros, torso, toda la simetría. Lo demás, así es, puritanismo. Lo hace, sin embargo, el soberano de San José... mientras que ninguna fotografía podría, simplemente porque no se trata, en una palabra, de arte.

Conmovido por las sugerencias del tema, le habría gustado seguir el buen ejemplo del marinero, dejando que la figura hablara por sí misma por muy pocos minutos en una defensa propia que él... para que el otro pudiera beber la belleza a su sabor, ya que la presencia de ella en el escenario era, francamente, un verdadero deleite, al que la cámara no podía en modo alguno hacer justicia. Pero eso era escasamente conforme a las reglas sociales, a pesar de esa suerte de agradable cálida noche sin embargo maravillosamente fría para la estación teniendo en cuenta que después de la tormenta viene el buen tiempo... Y sintió entonces una especie de necesidad de obedecer a una voz interior y satisfacer una posible necesidad poniéndose en movimiento. A pesar de eso, esperaba sin decir nada, mirando simplemente la ligeramente sucia fotografía arrugada en el lugar de las opulentas curvas que, no obstante, en nada desmerecían por eso, y desvió pensativamente la mirada con la intención de no aumentar más la posible turbación del otro mientras justipreciaba su simetría de palpitante *embonpoint.* En realidad la leve suciedad era sólo un encanto más, como en el caso de la ropa blanca ligeramente sucia, tan agradable como si fuera nueva; mucho mejor, en realidad, al perder el apresto. ¿Si ella se hubiera ido cuando el...? Yo busqué la lámpara que ella me dijo se le ocurrió a él pero simplemente como una quimérica fantasía suya porque él entonces recordó la cama en desorden de la mañana etcétera y el libro acerca de Ruby meten si cosas (sic) en él el cual debe de haber caído en buena hora ciertamente al lado del orinal doméstico con perdón de Lindley Murray.

Por cierto que le resultaba agradable la vecindad de ese joven educado, *distingué* y, de yapa, impulsivo, sin duda alguna lo mejor del conjunto, aun cuando no podría decirse que él... sin embargo podría decirse. Él dijo, además, que el retrato, lo cual, dígase

lo que se diga, era así, a pesar de que actualmente fuese manifiestamente más corpulenta. ¿Y por qué no? Mucho de artificioso circunaba respecto a esa especie de cosa que involucraba una ligera mancha en la reputación de toda una vida, con la sucia página de rigor en letras de mo.de referente al viejo tema del embrollo matrimonial, con revelaciones de comportamiento incorrecto con un golfista profesional o un nuevo favorito del escenario, en lugar de tratar todo el asunto con franqueza y honestidad. Estaba escrito que debían encontrarse y que una unión había de surgir del encuentro de ambos de modo que sus dos nombres aparecieron juntos públicamente, lo que fué declarado en el tribunal con cartas conteniendo expresiones suculentas y comprometedoras como es habitual y no dejando lugar para una escapatoria, demostrándose que cohabitaban abiertamente dos o tres veces por semana en un bien conocido hotel de la ribera y sus relaciones, siguiendo las cosas el curso normal, se hicieron íntimas a su debido tiempo. Luego el juicio fué resuelto *nisi* ante la requisitoria del procurador del Rey y, no pudiendo oponerse, *nisi* se convirtió en definitivo. Pero en cuanto a eso se refiere, hallándose los dos delincuentes absorbidos por su pasión recíproca, podían permitirse ignorarlo, lo que hicieron en realidad hasta que el asunto fué puesto en manos de un procurador, que se presentó en nombre de la parte afectada en el término debido. Él, Bloom, tuvo el privilegio de estar cerca del rey sin corona de Irlanda en persona cuando las cosas derivaron en el histórico *fracas* y los fieles secuaces del líder caído —que se aferró a sus fusiles hasta la última gota aun cuando se hallaba revestido por el manto del adúltero— (del líder caído) en número de diez o doce o probablemente aun más que penetraron en la imprenta del *Irreductible*; o no, era *Irlanda Unida* (un apelativo, entre paréntesis, de ningún modo apropiado) e hicieron pedazos las cajas de tipos con martillos o algo así a causa de las groseras extralimitaciones debidas a las fáciles plumas de los escribas de O'Brien ocupadas como de costumbre en arrojar barro desprestigiando los hábitos privados del antiguo tribuno. Aunque manifiestamente un hombre radicalmente cambiado, él era todavía una figura imponente, aun cuando, como de costumbre, desaliñadamente vestido, con su semblante de fría resolución que tanta influencia había tenido en los irresolutos, hasta que descubrieron, para su gran desconcierto, después de haberlo colocado sobre un pedestal, que el ídolo tenía pies de barro, lo que ella, sin embargo, había sido la primera en percibir. Como eran tiempos particularmente violentos, entre la batahola general Bloom sufrió una pequeña contusión debida al puntazo de codo de algún tipo de la multitud na

turalmente congregada, puntazo que fué a alojársele cerca de la boca del estómago, cuya contusión no resultó, afortunadamente, de carácter grave. Su sombrero (el de Parnell) fué inadvertidamente volteado y, hecho estrictamente histórico, Bloom fué el hombre que lo recogió en la aglomeración, después de haber presenciado el suceso, con la intención de devolverlo (y de devolvérselo se ocupó con la mayor celeridad) a quien, jadeante y en cabeza, y cuyos pensamientos estaban a millas de distancia de su sombrero en ese momento, siendo un caballero bien nacido y ciudadano consciente de sus derechos y obligaciones, habiendo entrado en ese negocio más por la gloria que por cualquier otra causa, cosa que ya se trae en la sangre, inculcada desde la infancia sobre las rodillas de su madre en forma de buenos modales, lo que se puso de manifiesto en seguida al volverse hacia el donador y agradecerle con perfecto *aplomb* mientras decía: *Gracias, señor,* aunque en un tono de voz muy diferente del que es ornamento de los profesionales del mundo judicial, cuyo episodio de salutación había sido también cumplimentado por Bloom en el transcurso de ese mismo día, repitiéndose las circunstancias históricas, aunque con una sola diferencia: que fué después del entierro de un amigo común que venían de dejar solo en su gloria después de haber cumplido la macabra misión de entregar sus restos a la sepultura.

Por otra parte, lo que más lo exasperaba interiormente eran los groseros chistes de los cocheros y demás, que todo lo tomaban a chacota, riendo inmoderadamente, pretendiendo entenderlo todo, el porqué y la razón por la cual, no conociendo en realidad ni sus propios pensamientos, siendo un caso atinente a las dos partes en sí, a menos que sucediera que el esposo legítimo fuera parte interesada debido a alguna carta anónima del acostumbrado Juan de los Palotes, que tropezó casualmente con ellos en el momento crucial cuando en amorosa posición, el uno en brazos del otro, llamaron la atención respecto a sus ilícitos procederes, produciéndose una pelotera doméstica y la hermosa pecadora suplicando perdón a su dueño y señor de rodillas y prometiendo cortar el contacto y no recibir más sus visitas con tal que el vejado esposo se sirviera cerrar los ojos y lo pasado pisado en medio de un mar de lágrimas y tal vez, tentada de sacarle la lengua al mismo tiempo, ya que muy probablemente había varios otros. Él personalmente, escépticamente predispuesto, creía, y no se esforzaba en lo más mínimo para no decirlo, que el hombre, o los hombres en plural, siempre andaban dando vueltas por turno, haciendo amansadora por una dama, aun suponiendo que se trate de la mejor esposa del mundo y se lleven bastante bien juntos

para cumplir con lo estatuído, hasta el momento en que, descuidando sus deberes, optaba ella por cansarse de la vida conyugal, y se dedicaba a mandarse un pequeño desarreglo de cortés libertinaje modosito para atraer la atención de ellos sobre sus encantos con propósitos inadecuados, cuyo resultado final venía a ser la concentración de sus afectos en otro candidato, siendo ésta la razón de muchas *liaison* entre mujeres casadas próximas a los cuarenta todavía atrayentes y hombres más jóvenes, como servían para demostrarlo hasta la empuñadura numerosos casos de esta suerte de infatuación femenina.

Era mil y mil veces lamentable que un joven detentador de buena dote de inteligencia, como obviamente lo era su vecino, dispendiara su valioso tiempo con mujeres perdidas que podrían obsequiarlo con una linda dosis que le alcanzaría para toda la vida. A modo de particular bendición él tomaría esposa algún día en que la señorita Apropiada apareciera en escena, pero en el ínterin la frecuentación de mujeres era una *conditio sine qua non,* aunque él sintiera las más profundas dudas posibles, sin que esto signifique que quisiera sondear a Esteban en lo más mínimo acerca de la señorita Ferguson (que bien podría ser precisamente la estrella tutelar que lo hiciera bajar a Irishtown en hora tan temprana de la mañana) respecto a si él experimentaba mucha satisfacción recreándose en la idea del galanteo bi o trisemanal entre los jóvenes y en compañía de sonrientes señoritas sin un penique de dote con el ortodoxo medio galope preliminar de galantería y acercamiento conducentes a cariñosas costumbres y flores y bombones de enamorados. Pensar que él estaba sin casa y sin hogar, engañado por alguna patrona peor que cualquier madrastra, era bastante triste a su edad. Sus extrañas repentinas salidas de tono atraían al hombre de más edad que era varios años más viejo o como su padre. Pero era necesario que él comiera algo substancioso, aunque no fuera más que un caldo de gallina preparado con puro alimento maternal, o a falta de eso, unos huevos pasados por agua.

—¿A qué hora comió usted? —preguntó a la delgada figura y rostro cansado aunque sin arrugas.

—A alguna hora de ayer —dijo Esteban.

—Ayer —exclamó Bloom hasta que recordó que ya era mañana—. ¡Ah, usted quiere decir que son las doce pasadas!

—Anteayer —dijo Esteban, superándose a sí mismo.

Decididamente atónito ante esta muestra de inteligencia, Bloom reflexionó. Aunque no estaban de acuerdo en todo, había en cierto modo alguna analogía, algo, por decirlo así, como si sus dos mentes viajaran en el mismo tren del pensamiento. A su

edad, una veintena de años atrás, en que andaba metido en la política, en que había sido un *quasi* aspirante a los honores parlamentarios del tiempo del *Buckshot Foster* (lo que en sí mismo ya constituía una fuente de íntima satisfacción), recordaba retrospectivamente que él había tenido también un oculto respeto por aquellas mismas ultraideas. Por ejemplo, cuando la cuestión de los arrendatarios expulsados, que en aquel entonces se iniciaba, empezó a tomar cuerpo en el espíritu de las gentes, él, sin dar, se sobrentiende, un solo cobre, rehusando tomar como artículo de fe los fallos que no tenían ni lógica ni principio, estaba, de primera intención, y en teoría por lo menos, en completo acuerdo con los derechos de los campesinos a la tierra en aquello que era fiel expresión de las tendencias modernas de la opinión, parcialidad de la que, comprendiendo sin embargo su error, él se curaba en parte de seguir, y llegaron hasta culparlo de ir un paso más allá que Miguel Davitt en las detonantes teorías que él preconizaba en cierta época a favor del retorno de la tierra a los que la trabajan, razón suficiente para que él se resintiera muy especialmente por la insolente insinuación hecha durante la reunión de los clanes en la casa de Barney Kiernan; de modo que él, tan a menudo y tan inexplicablemente incomprendido y el menos combativo de los mortales, nunca será suficientemente repetido, se apartó de sus hábitos de moderación para pegarle (metafóricamente hablando) un directo a la barriga, si bien en lo que se refiere al dominio de la política era muy consciente de las pérdidas de vidas humanas que resultan invariablemente de tales campañas y manifestaciones de recíproca animosidad y de la miseria y los sufrimientos por ellas ocasionados y, como inevitable consecuencia, el exterminio de la hermosa juventud, lo que da luego por resultado, en pocas palabras, la destrucción de los más aptos.

De cualquier manera, pesando el pro y el contra, y acercándose, como era el caso, la una, era hora de retirarse esa noche. El dilema consistía en que resultaba un poco arriesgado llevarlo a casa, ya que podrían sobrevenir eventualidades (debido al talante circunstancial de alguien) y arruinarse el estofado, tal como ocurrió la noche en que él equivocadamente llevó a casa un perro (de raza desconocida) cojo de una patita, no porque el caso fuera idéntico o lo inverso, toda vez que él se había lastimado también la mano en Ontario Terrace, como recordaba muy distintamente, habiendo estado allí por así decirlo. Por otra parte, era decididamente demasiado tarde para sugerir Sandymount o Sandycove, de modo que él estaba un tanto perplejo respecto a cuál de las dos alternativas... Todo indicaba que, bien consideradas las cosas, lo

más indicado era aprovechar plenamente la oportunidad. Su impresión inicial se lo mostró un poco infatuado o poco comunicativo, pero en cierta forma eso le gustaba. Podía ser, así, que la idea no le resultara agradable si se la insinuaba, y la principal causa de preocupación es que no sabía cómo llegar a esa insinuación o decir claramente lo que se proponía; suponiendo que aceptara la proposición, sería para él un gran placer personal si le permitía ayudarlo a conseguir algún dinero o utilizar algún guardarropa si encontraba en él algo adecuado. De todos modos, llegó, por último, a la conclusión, eludiendo momentáneamente el precedente problema, de una taza de cocoa de Epps y una cama improvisada para la noche, más la utilización de una o dos alfombras, y el sobretodo doblado a guisa de almohada. Por lo menos estaría en buenas manos y tan calentito como una tostada al rescoldo. No se le ocurrió que hubiera en eso ningún gran peligro a condición de que no fuera a armarse alguna pelotera. Algo había que hacer, porque esa vieja alma feliz, el marido separado de su mujer de que se trataba, que parecía pegado con cola a su sitio, no daba muestras de tener ningún apuro por encaminarse a su casa de la tiernamente amada Queenstown y era muy probable que la mejor pista para dar con el paradero de ese sujeto equívoco durante los próximos días fuera algún pegajoso lupanar de bellezas retiradas de Sheriff Street Lower, ocupándose de inquietar sus nervios (los de las sirenas) con anécdotas fantásticas de revólveres de seis tiros, calculadas para helar la sangre en las venas a cualquiera y ocupándose al mismo tiempo en aporrear sus abundantes encantos con groseros manotones acompañados de abundantes libaciones de whisky y la habitual adjudicación de vivezas y baladronadas respecto a sus propias aventuras, porque en cuanto a quién era él es tanto como decir que XX equivalgan a mi verdadero nombre y dirección, como la señora Álgebra lo certifica *passim*. Al mismo tiempo él se reía para sus adentros por su aguda réplica al campeón de sangre y llagas respecto a que su Dios era un judío. Las gentes podían aguantar ser mordidas por un lobo, pero lo que en verdad las encolerizaba era el mordisco de una oveja. Era también el punto más vulnerable del tierno Aquiles, tu Dios era judío, porque casi todos parecen creer que él salió de Carrick-on-Shannon o algún otro señor del condado de Sligo.

—Propongo —sugirió por fin nuestro héroe, después de madura reflexión, mientras embolsillaba prudentemente la fotografía de ella— que, como hay cierta sofocación aquí, usted venga a casa conmigo y cambiemos ideas. Mi guarida está en muy cer-

cana vecindad. Usted no puede tomar eso. Espere, voy a pagar todo.

Lo mejor era mandarse mudar, lo demás marcharía a pedir de boca; por lo cual, mientras se metía prudentemente la fotografía en el bolsillo, hizo señas al dueño de la casucha, que no parecía...

—Sí, eso es lo mejor —aseguró a Esteban, para quien, en cuanto a eso se refiere, Brazen Head o su casa o cualquier otra parte era todo poco más o menos...

Toda clase de planes utópicos cruzaban como relámpagos por la atareada mente de Bloom. La educación (la auténtica), la literatura, el periodismo, los cuentos premiados, la jerigonza publicitaria, los baños termales y las giras de concierto en los balnearios ingleses plagados de teatros, gastaderos de dinero, dúos en italiano con el acento estrictamente natural, y una cantidad de otras cosas que, por supuesto, no hay necesidad de divulgarlo ni andarlo contando a la señora, y un poquito de suerte. Una oportunidad era todo lo que hacía falta. Porque sospechaba con creces que él tenía la voz del padre para respaldar sus esperanzas sobre lo que estaba en condiciones de aceptar una apuesta; de modo que, viniendo a parar en lo mismo, no se perdía nada con encauzar de paso la conversación derivándola hacia la cuestión; de modo que...

El cochero leyó en el diario de que se había apoderado que aquel antiguo virrey, el conde Cadogan, había presidido la comida de la asociación de los cocheros en alguna parte de Londres. Este emocionante anuncio fué acogido en silencio y con uno o dos bostezos. Entonces el viejo punto que estaba en el rincón, al que parecía quedarle todavía alguna chispa de vitalidad, leyó en voz alta que sir Antonio Mac Donnel había abandonado Euston por el puesto de primer ministro, o algo por el estilo. A cuya apasionante muestra de inteligencia el eco contestó por qué.

—Danos una muestra de esa literatura, abuelo —exclamó el marinero evidenciando cierta natural impaciencia.

—Y bien venido sea —replicó el viejo a ese requerimiento.

El marinero extrajo de un estuche que tenía, unos anteojos verdosos que muy lentamente montó sobre la nariz, enganchándolos en ambas orejas.

—¿Anda mal de la vista? —interrogó el simpático personaje parecido al secretario del Ayuntamiento.

—Toma —contestó el navegante de barba de tartán, que parecía un tanto leído dentro de su categoría, mirando fijamente a través de sus tragaluces verdemar, como bien podía describírselos—. Yo uso anteojos para leer. De eso tienen la culpa las arenas

del Mar Rojo. En un tiempo yo podía leer un libro en la oscuridad, como quien dice. Mis favoritos eran *Las mil y una noches* y *Roja como una rosa ella es.*

En consecuencia, sus manazas anduvieron en las hojas del periódico, fijándose sus ojos a la buena de Dios sobre ahogados y hazañas de Su Majestad el Criquet: Iremonger, habiendo hecho ciento y pico de corridas para su equipo del condado de Nott en el segundo tiempo, sin haber sido derrotado, y durante cuyo transcurso el atajador estuvo bateando (sin que se le importara nada de Ire), no se ocupaba en otra cosa que en fijar toda su atención en el empeño de aflojar los cordones de una bota de segunda mano que evidentemente le ajustaba, murmurando mientras tanto contra quien pudo habérsela vendido, estando todos suficientemente despiertos, según podía deducirse por la expresión de sus fisonomías, como para, por así decirlo, mirarlos aburridamente enfurruñados formulando un comentario trivial.

Resumiendo: Bloom, que se había hecho cargo de la situación, fué el primero en ponerse de pie, pues no iban a quedarse eternamente, y ya que se había adelantado, y valiendo él tanto como su palabra de que pagaría la cuenta oportunamente, tomó la prudente precaución de hacer moderadamente, como una advertencia de despedida a nuestro huésped, un signo apenas perceptible cuando los otros no miraban, a los efectos de que se enterara de que el pago estaba próximo, por un total de cuatro peniques (cantidad que depositó moderadamente en cuatro cobres, literalmente los últimos de los Mohicanos), habiendo previamente localizado en la lista impresa para que todos la leyeran, y la que rezaba, en el lado opuesto a él, con números inconfundibles: café, dos peniques; confitería, peniques..., y honestamente bien valen dos veces el dinero de vez en cuando, como Wetherup acostumbraba observar.

—Venga —aconsejó— para cerrar la *séance.*

Viendo que la artimaña daba resultado y que no había moros en la costa, juntos abandonaron el refugio o casucha y la sociedad *élite* del encerado y compañía a quienes nada que fuese inferior a un terremoto podría sacar de su *dolce far niente.* Esteban, que confesaba sentirse todavía indispuesto y desfallecido, se detuvo en, por un momento... la puerta para...

—Una cosa que nunca entendí —dijo, para ser original y seguir el impulso del momento— es por qué colocan unas mesas sobre otras vueltas del revés por la noche; quiero decir, las sillas patas arriba sobre las mesas, en los cafés.

A cuya salida el infalible Bloom contestó sin la más mínima vacilación, diciendo directamente:

—Para barrer el piso por la mañana.

Así diciendo brincó con agilidad, colocándose, decididamente y pidiendo excusas, a la derecha de su compañero; hábito suyo, entre paréntesis, siendo el lado derecho, para decirlo en lenguaje clásico, su tendón de Aquiles. Era ciertamente un placer respirar ahora el aire nocturno, aun cuando Esteban no se sentía muy seguro sobre sus piernas. —Le hará (el aire) bien —dijo Bloom, refiriéndose también al caminar— en seguida. Lo único que hay que hacer es andar y pronto se sentirá otro hombre. No es muy lejos. Apóyese en mí.

En consecuencia, pasó su brazo izquierdo por el derecho de Esteban y lo guió en consecuencia.

—Sí —dijo Esteban inseguramente, porque le pareció sentir la desagradable carne extraña de otro hombre acercarse a él, flojona, oscilante y un poco así.

De cualquier modo, pasaron la garita del centinela con sus piedras, su brasero, etc., donde el supernumerario municipal, ex Gumley, estaba todavía realmente sumido en los brazos de Morfeo, como dice el adagio, soñando en frescos campos y pastoreos nuevos. Y *a propos* de ataúd de piedras, la analogía no era del todo desacertada, como que fué en realidad un apedrear a muerte de parte de 72 de los 80 y tantos distritos electorales que se dieron vuelta en el momento del rompimiento y principalmente la favorecida clase campesina, probablemente los mismos arrendatarios expulsados a quienes él había devuelto sus posesiones.

Entonces pasaron a charlar de música, una forma del arte por la que Bloom, como simple aficionado, sentía el más grande amor, mientras se encaminaban, tomados del brazo, por la Beresford Place. La música wagneriana, aunque admisiblemente grande en su género, era un tanto demasiado pesada para Bloom y difícil de seguir al primer momento, pero la música de los *Hugonotes* de Mercadante, las *Siete Últimas Palabras en la Cruz* de Meyerbeer y la *Duodécima Misa* de Mozart, eso era para él un verdadero transporte de goce, siendo el *Gloria* de dicha obra, a su modo de ver, la culminación de la música de primera clase como tal, que se mete, literalmente, a todas las demás en el bolsillo. Él prefería con mucho la música sagrada de la iglesia católica a cualquier cosa que pudiera ofrecer la competencia en el mismo renglón, tal como esos himnos de Moody y Sankey u *Ordéname vivir y yo viviré para ser tu protestante.* Tampoco cedía a nadie en su admiración por el *Stabat Mater* de Rossini, una obra en que indiscutiblemente abundan los pasajes inmortales, en los que su esposa, madama Marion Tweedy, causó verdadera sensación, no tenía reparo en afirmarlo, viniéndose a agregar estos

triunfos a sus otros laureles y poniendo a los demás participantes totalmente en la sombra en la iglesia de los Padres Jesuítas en la Upper Gardiner Street, edificio sagrado que se había colmado hasta el tope de virtuosos o más bien *virtuosi* venidos para escucharla. La opinión unánime fué que no había nadie que estuviera a su altura, bastando decir que tratándose de un lugar de veneración por la música de carácter sagrado se evidenció un deseo unánimemente expresado de que se repitiera. En resumen, aunque inclinándose preferentemente por la ópera ligera del carácter de *Don Juan* y de *Martha,* una joya en su categoría, él tenía un *penchant,* aun cuando sólo con un conocimiento superficial, por la severa escuela clásica tal como la de Mendelssohn. Y hablando de eso, dando por sentado que él estaba perfectamente al tanto de todos los favoritos, mencionó *par excellence* el aria de Lionel en *Martha (M'appari),* el que, caso curioso en realidad, había oído o, para ser más exacto, había alcanzado a oír ayer, privilegio que apreciaba profundamente, de labios del respetado padre de Esteban, cantado a la perfección; una ejecución del trozo que, en realidad, había dejado atrás a todos los demás. Esteban, en respuesta a una pregunta cortésmente formulada, dijo que no; pero se deshizo en elogios de las canciones de Shakespeare, por lo menos de las aproximadamente pertenecientes a ese período del tañedor de laúd Dowland, que vivía en Fetter Lane, cerca de lo de Gerardo el herbario, quien *anno ludendo hausi, Dolandus,* instrumento que tenía intención de comprarle al señor Arnaldo Dolmetsch, a quien Bloom no recordaba muy bien, aunque el nombre ciertamente sonaba familiar, por sesenta y cinco guineas, y Farnaby e hijos con sus conceptos de *dux* y *comes;* y Byrd (Guillermo), que tocaba las espinetas, dijo, en la Capilla de la Reina o en cualquier otro lado que le viniera a la mano y de un cierto Tomkins que hacía improvisaciones y arias y John Bull.

Sobre la calzada a la que se acercaban mientras iban hablando todavía, más allá de la cadena mecánica, un caballo, arrastrando una barredora, se deslizaba por el pavimento levantando una larga faja de cieno, de manera que, con el ruido, Bloom no estaba completamente seguro de haber entendido bien la alusión a las sesenta y cinco guineas y a John Bull. Inquirió si ese John Bull era la celebridad política del mismo nombre, porque le llamaron la atención los dos nombres idénticos, lo que era una sorprendente coincidencia.

El caballo se desvió lentamente a lo largo de las cadenas para dar la vuelta, percibiendo lo cual Bloom, que vigilaba atento como de costumbre, tiró con suavidad la manga del otro, observando burlonamente:

—Nuestras vidas están en peligro esta noche. Cuidado con el rodillo de vapor.

Se detuvieron al punto. Bloom miró la cabeza del caballo que no parecía valer sesenta y cinco guineas, que se destacó repentinamente en la oscuridad, muy cerca, de tal modo que parecía otro, un agrupamiento distinto de huesos y hasta de carne, pues era evidentemente un cuatrocaminador, un meneacaderas, un nalganegra, un sacudecola, un cabezalcolgante, que avanzaba su pata trasera, mientras el señor de su creación se hallaba sentado sobre la percha, ensimismado en sus pensamientos. Pero tan bueno el pobre bestia, le afligía no disponer de un terrón de azúcar, como sabiamente reflexionó, resultaba muy difícil estar siempre a punto para lo que pudiera ocurrir. No se trataba más que de un borrico de caballo nervioso y pusilánime, incapaz de preocuparse por nada del mundo. Pero si un perro, reflexionó, por ejemplo ese mestizo en lo de Barney Kiernan, tuviera el mismo tamaño, resultaría un verdadero terror enfrentarse con él. Pero ningún animal tenía la culpa de ser como era, como el camello, navío del desierto, que destila el jugo de las uvas en su giba, convirtiéndolas en whiskey. Nueve décimos de todos ellos podían ser enjaulados o domesticados, nada estaba fuera del alcance del hombre, excepto las abejas: la ballena con un arpón, el cocodrilo haciéndole cosquillas en la cintura y se muere de risa; el gallo dibujándole un círculo con tiza; el tigre, con mi mirada de lince. Estas reflexiones circunstanciales referentes a los animales de la creación ocupaban su mente, algo distraída de las palabras de Esteban, mientras la barca de la calle maniobraba y Esteban seguía hablando acerca de los interesantísimos viejos...

—¿Qué es lo que estaba diciendo yo? ¡Ah, sí! Mi esposa —declaró, metiéndose *in medias res*— tendría el mayor placer en conocerlo, ya que ella es apasionadamente afecta a la música de cualquier clase.

Miró amistosamente de costado el perfil de Esteban, imagen de su madre, que nada tenía de común con el tipo corriente de bandidos detrás de los cuales ellas anhelan indubitablemente correr, ya que él tal vez no estaba hecho de esa manera.

Con todo, suponiendo que él tuviera el don de su padre, de lo cual estaba casi convencido, eso vendría a abrirle nuevos horizontes a su imaginación, tales como el concierto de las industrias irlandesas de lady Fingall, el lunes precedente, y la aristocracia en general.

Ahora él estaba escribiendo exquisitas variaciones sobre el aire *Aquí termina la juventud* de Jans Pieter Sweelinck, un holandés de Armsterdam, de donde vienen las damas holandesas.

Le gustaría aún más una antigua canción alemana de *Johannes Jeep* sobre el claro mar y las voces de las sirenas, dulces asesinas de los hombres, que encandiló un poco a Bloom:

Von der Sirenen Listigkeit
Tun die Poeten dichten.

Tradujo y cantó esos compases iniciales *ex tempore*. Bloom, asintiendo con la cabeza, le dijo que entendía perfectamente y le rogó que siguiera por favor, lo que él hizo.

Una voz de tenor de tan fantástica perfección como ésa, el más rarísimo de los dones, que Bloom justipreció en el mismísimo instante de lanzar la primera nota, podía fácilmente, si se la cultivaba como corresponde por alguna reconocida autoridad en materia de canto, tal como Barraclough, y siendo capaz de leer música por añadidura, imponer su propio precio allí donde los barítonos estaban a dos por cinco y uno de yapa y procurar para su dueño afortunado en un cercano futuro una *entrée* en los salones a la moda de los barrios aristocráticos de los magnates de las finanzas que hacen operaciones de gran magnitud y entre la gente de la nobleza donde, con su título universitario de Bachiller en Artes (atrayente anuncio en cierto modo) y sus maneras de caballero, acentuará aún más la buena impresión, seguramente tendrá un éxito extraordinario y contando con la bendición de una inteligencia que también podría concurrir hacia el mismo objeto y otros requisitos, si sus ropas fueran debidamente cuidadas con objeto de ganarse la buena voluntad a su favor tanto como posible fuese, puesto que él, joven y bisoño en los delicados refinamientos sastreriles de la sociedad, apenas comprendería que un detalle intrascendente como ése podía militar contra uno. En realidad no era más que cuestión de meses y ya podía figurárselo participando en sus *conversaciones* musicales y artísticas con preferencia durante las fiestas del tiempo de Navidad, causando ligera agitación en el palomar del bello sexo y siendo muy asediado por las damas en busca de sensaciones, de cuyos casos, que él había tenido ocasión de conocer, guardaba un buen recuerdo y, sin envanecerse, si él lo hubiera querido, en otro tiempo, habría podido fácilmente... Sumado a lo cual, naturalmente, estaría el emolumento pecuniario que no era en modo alguno despreciable, corriendo parejas con sus honorarios de enseñanza. No significa, y esto entre paréntesis, que por el solo deleznable amor al lucro hubiera de abrazar necesariamente la plataforma lírica como un oficio en la vida durante gran número de años, pero un paso dado en la buena dirección, fuera de toda discusión, y tanto monetaria como mentalmente, no significaba ningún desmedro para su dig-

nidad, muy lejos de eso, y a menudo resultaba excepcionalmente oportuno que a uno le entregaran un cheque en algún momento de apremio en que cualquier cosa venía bien. Además, a pesar de que el gusto dejara últimamente mucho que desear, una música tan original y diferente de lo acostumbrado se pondría rápidamente de moda, ya que significaría una verdadera novedad para el mundo musical de Dublín, después de la sobresaturación de las trilladas y repetidas contaminadoras sesiones de contagiosos solos de tenor cometidos contra un público confiado por Iván St. Austell, Hilton St. Just y su *genus omne*. Sí, sin la sombra de una duda, estaba en condiciones, con todas las cartas en la mano, de aprovechar una oportunidad de primer orden para hacerse de un nombre y conquistar un puesto de primer plano en la estima de la ciudad donde él podía imponer un precio elevado y, una vez prestigiado, dar un gran concierto para los frecuentadores del salón de King Street, si llegaba a contar con el apoyo de alguien que viniera a darle un buen impulso, por así decirlo —un gran *si* sin embargo—; la ayuda que se necesita para ir adelante y eliminar la inevitable demora que a menudo atenta para la rápida consagración de los precoces bien dotados, lo que no significaría que necesitara sacrificar un ápice de lo demás, ya que, siendo su propio amo, dispondría de sobrado tiempo para consagrarse a la literatura en los momentos libres si así deseara hacerlo sin que eso viniera a crear ningún conflicto con su carrera vocal ni contuviera elemento alguno perturbador de cualquier clase que fuera, ya que el asunto solamente a él le incumbía. En realidad, bastaría que alargara la mano, y ésa era precisamente la razón por la cual el otro, poseedor de un olfato notable para descubrir una pista, insistía a toda fuerza.

Precisamente en ese momento el caballo estaba... y luego, aprovechando el momento propicio propuso (Bloom propuso) sin que eso significara inmiscuirse en su vida privada atendiendo al principio de que *al que se hace de miel las moscas se lo comen* la sugerencia de aconsejarle romper sus relaciones con cierto profesional en cierne que, según había notado, mostraba evidente tendencia a menospreciarlo y aun, hasta cierto punto, echando mano de cualquier pretexto baladí, cuando no se hallaba presente, a denigrarlo o como quiera llamárselo, lo cual, en la humilde opinión de Bloom, venía a arrojar una desagradable luz lateral sobre ese aspecto de la reputación de la persona —excluyendo toda intención de hacer juegos de palabras.

El caballo, habiendo llegado, por así decirlo, al final de su aguante, se detuvo y, levantando a guisa de señal una orgullosa cola movible, agregó lo suyo dejando caer al suelo, que el cepillo

pronto repasaría y lustraría, tres humeantes esferas de bosta. Por tres veces, aplomadamente, una tras otra, desde el centro de la amplia grupa, dejó caer su cagada. Y humanitariamente su conductor esperó hasta que él (o que ella) hubiera terminado, paciente en su carro armado de guadaña.

Lado a lado Bloom, aprovechándose del *contretemps,* pasó con Esteban por el espacio entre las cadenas separadas por el soporte y, atravesando un cordón de cieno, cruzó hacia Gardiner Street Lower, cantando Esteban, con más osadía pero no escandalosamente, el final de la balada:

Und alle Schiffe brücken

El conductor no pronunció palabra, ni buena, ni mala o indiferente. Se limitó meramente a observar las dos figuras, desde su asiento de bajo espaldar en el carro, ambas negras —amplia la una, magra la otra—, marchando hacia el puente del ferrocarril *para ser casados por el padre Maher.* Mientras andaban se detenían por momentos y caminaban otra vez, continuando su *tête a tête* (del cual como es natural él estaba completamente excluído) acerca de sirenas, enemigos de la razón del hombre, mezclados con varios otros tópicos de la misma categoría, usurpadores, casos históricos de la misma clase mientras el hombre de la barredora o podría igualmente llamársela la dormidora quien de cualquier modo no habría podido oír porque ellos estaban demasiado lejos se quedaba sencillamente sentado en su asiento cerca del final de Lower Gardiner Street y *atendía a su carro de bajo espaldar.*